LOS AMIGOS INTIMOS.

Comedia en cuatro actos acomodada á la escena española de Nos intimes *de M. Victorien Sardou, por* D. Juan del Peral, *para representarse en el teatro de Novedades el año de* 1862.

PERSONAS.	ACTORES.
TOLOSANA, 32 años.	
DON SIMON, 54.	
DON BENIGNO, 50.	
MAURICIO, 26.	
DON SÍLVESTRE, 55.	
MORETON, *sargento*.	
DON MARTIN.	
DON SERAPIO.	
LORENZO.	
UN JARDINERO.	
CECILIA, 26 años.	
EUGENIA, 16.	
DOÑA BÁRBARA, 40.	
RAFAEL, 14.	
JUANITA, 18.	

La accion pasa en Aranjuez.

ACTO PRIMERO.

Invernáculo cuya puerta del foro da al jardin. A la izquierda en primer término la fachada de la casa con puerta y escalinata. A un lado un velador con bandeja, en la que hay vaso, cuchillo, cuchara, azucarero y una naranja. A la derecha hácia el proscenio, un canapé de jardin, sillas y una mesa con un cesto de labor, y un libro encuadernado. En segundo término una consola sobre la que hay un sombrero de paja y un abanico. Tiestos de flores.

ESCENA PRIMERA.

EUGENIA, JUANITA.

(Las dos riegan los *cactus*.)

EUG. No se quejará mamá de que descuido sus *cactus*.

JUA. Vaya una flor fea! de la familia de los cardos. Yo prefiero sus parientes en salsa. Señorita, os gusta esa flor?

EUG. No mucho; pero le agrada á mamá, porque la recuerda su país, Sevilla. Ayer la vió en el parterre, y mandó la colocáran en este invernáculo; la riego, porque sé que así complaceré á mamá.

JUA. Decid más bien, vuestra madrastra.

EUG. Verdad es; yo era muy niña cuando mi madre murió, y esta es tan buena conmigo! Mi padre, despues de enviudar, hizo varios viajes á Andalucía y á Africa, para abastecer aquellas guarniciones, y en el último volvió casado con la que es hoy mi segunda madre. Al sacarme del colegio, temí hallar una madrastra, pero su bondad y afecto son tan grandes, que veo en ella el reflejo de la que me dió el sér, y hay momentos en que creo que la muerte me la ha devuelto.

JUA. Ya, pero ella no cree lo mismo.

EUG. Por qué?

JUA. Porque esta madre os lleva diez años, y la verdadera veinte: y como tiene aún sus pretensiones...

EUG. Y con razon. Es tan linda!...

JUA. Parece que su familia es muy rica en Sevilla, y que los pleitos acabaron con su fortuna; que por último, vivia en la pobreza, y que por consejo de sus parientes, se casó con vuestro padre, teniendo ella veinticinco años, y él cincuenta. (*Con volubilidad.*) Oh! los maridos nunca son viejos; y si yo encontrase uno rico...

EUG. Confiesa que ha nacido para brillar en la sociedad! Qué buen gusto, qué elegancia!

JUA. Sí, pero de unos dias á esta parte, noto en ella ciertas originalidades... Me manda una cosa, y cinco minutos despues da contraórden: me llama, y cuando acudo, me mira con aire distraido, sin acordarse para qué me ha llamado. Pasa horas enteras en un sillon, como pensativa; se levanta y echa á correr como si ardiera la casa. Si una pobre criada cometiese esas extravagancias, la encerrarian en una casa de orates.

EUG. Papá pasa todo el dia ocupado en su jardin, y mamá se fastidia de la soledad.

JUA. He acabado de regar, señorita.

EUG. Entonces, descansemos. (*Subiendo hácia el foro y mirando la campiña.*) Qué hermoso es un dia de primavera en Aranjuez! La verdura de los campos, la corriente del Tajo... no te agrada ese punto de vista?

JUA. (*Maliciosamente.*) Sí, pero debe agradaros mucho más, pues, desde allí veis la casa del señor Tolosana, el médico de la familia.

EUG. (*Cortada.*) Miro hácia ese lado, porque hoy tarda en venir más que de costumbre. No creas que lo digo sino por nuestro convaleciente!

JUA. (*Arreglando los muebles y con malicia.*) Ya lo suponia! Pues por qué habiais de decirlo? Pero respecto al convaleciente, tranquilizaos, porque la señora se encarga de cuidarle, y lo hace con un celo!... Tambien fué

casualidad para el señor Mauricio caer enfermo en esta casa!

EUG. Pobre jóven! El mal le cogió tan de improviso! Papá le trajo casi por fuerza á Aranjuez, para enseñarle su casa de campo, y distraerle pues parece que el señor Mauricio habia tenido grandes disgustos; cuando un dia, al levantarnos de la mesa despues de comer, se puso pálido de repente, y cayó desmayado. Se buscó un médico inútilmente, hasta que al fin papá se acordó, que cerca de aquí vive el señor Tolosana, médico tambien, pero homeópata.

JUA. (*Con intencion.*) Oh! los homeópatas son los médicos favoritos de las mujeres!

EUG. Este no ejerce la medicina, sino como aficionado. Papá corre á su casa, le trae, y encuentra á Mauricio en cama y con calentura.

JUA. (*Con malicia.*) Afortunadamente no fué cosa grave.

EUG. Gracias á los cuidados del señor Tolosana.

JUA. Aquí viene la señora.

EUG. Mamá! Tú verás qué contenta se pone al hallar aquí sus *cactus*. Voy á prepararla la sorpresa del golpe de vista. (*Se coloca de manera que oculta los cactus.*)

ESCENA II.

DICHAS, CECILIA.

CEC. (*Sale por el fondo, con un bordado de tapicería.*) Calla! qué flores estais regando?

EUG. Todas estas.

CEC. (*Mirándolas.*) Son cardos?

EUG. (*Admirada.*) Cómo cardos! Son los *cactus* que te gustaban tanto.

CEC. Huy! qué horribles me parecen ahora!

EUG. Y yo que los regaba con tanto esmero, creyendo complacerte!

CEC. A mí, querida? Ven te daré un beso. Qué bonita estás hoy! Y Mauricio?

EUG. Creo que está con papá.

CEC. (*A media voz*) Tal vez sembrando. (*Alto.*) Juana, ves á ver si Mauricio está en su cuarto.

JUA. (*Aparte.*) La misma comision de ayer, y la misma que me dará mañana. (*Entra en la casa.*)

ESCENA III.

CECILIA, EUGENIA.

CEC. (*Sentándose en el canapé.*) Qué calor en este Aranjuez! No hay fuerzas ni valor para hacer nada.

EUG. (*Sonriendo.*) Vuelves á emprender este verano las famosas zapatillas que empezaste para papá el verano pasado?

CEC. Criticona! Vaya un modo de llamarme perezosa!

EUG. (*Pasando detrás de ella para sentarse.*) Cuando te ocupas en bordar, señal de que te fastidias aquí.

CEC. (*Aparte.*) Aquí y en todas partes. (*Alto.*) Y tú te diviertes?

EUG. (*Sentada en el taburete al pié de Cecilia.*) Yo, sí.

CEC. Dichosa criatura! Si tus pájaros gozan de completa salud, y ves abiertas las flores de tus tiestos, ya estás contenta por todo el dia. Qué hermosos son los diez y seis años! Tambien yo era así hace diez. Tenia mi jardin, regaba mis flores, y hasta hablaba con ellas, comunicándoles los sueños dorados de mi acalorada fantasía... Cuántos viajes por los espacios imaginarios... (*A sí misma, variando de tono.*) hasta el dia de los viajes reales y efectivos, con pasaportes, y maletas...

EUG. Qué dices?

CEC. Nada, querida. (*Vuelve al bordado, y aparte.*) Soy una loca!

EUG. Ya, ya; cambias de conversacion, porque crees que me fastidiaré á tu edad?

CEL. Espero que no.

EUG. (*Insistiendo.*) Cuando esté casada.

CEC. Ah, eso depende...

EUG. De qué?

CEC. De tu ma... (*Variando de tono.*) De tu manera de ver, de tu carácter... Me haces decir unas cosas!

EUG. (*Levantándose y pasando á la izquierda.*) Ah! si no es más que el carácter... Siempre estoy contenta. Mira qué sol tan hermoso!

CEC. Para lo que me sirve...

EUG. Quieres venir al jardin de la Isla?

CEC. Hay siempre mucha gente.

EUG. Irémos á la calle de la Reina.

CEC. A estas horas está muy solitaria.

EUG. Hácia el mar de Antígola.

CEC. No me gusta el agua estancada.

EUG. Pues quédemonos aquí y leamos. Un libro de papá; (*Le coge.*) «Los casamientos de Paris.»

CEC. (*Vivamente.*) Oh! no; nada de casamientos.

EUG. (*Bondadosamente.*) Sabes, mamá, que es difícil distraerte cuando te fastidias! Qué tienes hoy? (*Acercándose á ella.*) Qué te falta?

CEC. (*Con sentimiento reconcentrado.*) Qué me falta!... (*Variando de tono.*) Me falta... lana verde para concluir las zapatillas de tu padre. (*La coge del cesto.*)

EUG. Aquí llega.

CEC. Mauricio?

EUG. No, papá. (*Corre á su encuentro.*)

ESCENA IV.

DICHAS, D. BENIGNO.

BEN. (*En traje de campo, no ridículo, pero nada elegante, un gran sombreron, en una mano un instrumento de jardinería y en la otra un gran tubérculo de dalia.*) Buenos dias, hijita.

CEC. Dios mio! Vaya una facha!

BEN. (*Mirándose y sonriéndose.*) La misma ni más ni menos, que la de todos los madrideños, que pasan en el campo los veranos.

CEC. Estas horroroso!

BEN. (*Riendo bondadosamente.*) Qué quieres, amiga mia; un agricultor, un jardinero, no puede pararse en consideraciones de *toilette*... como dicen los que han estado en Paris.

CEC. (*Sonriendo.*) Pero de dónde sales que tan enlodado vienes?

BEN. De la huerta, porque he puesto lazos en todas partes para ver si consigo coger una maldita zorra, que se come mis mejores gallinas, y lo que más siento, estropea las flores y legumbres. Dónde está mi *cactus*? Ah, ya le veo! (*Va y coge el tiesto.*)

EUG. A cuál llamas tu *cactus*?

BEN. A este. (*Eugenia alarga la mano.*) Cuidado, no le toques.

EUG. Pues qué, pincha?

BEN. Mucho! Y luego podrias romperle ó ajarle... y es el que he aclimatado á fuerza de cuidados botánicos, y al que he puesto por nombre *Cactus Cecilia* para hacer esta galantería al nombre de tu madre. (*Coloca el tiesto sobre la mesa delante de Cecilia. La flor del cactus es encarnada.*)

CEC. Mi nombre!... Gracias; esa flor es muy fea.

BEN. Fea! Pues en eso consiste su hermosura, por lo rara; rosas y claveles se ven en todas partes, mientras que un *cactus* tan feo como este, no es fácil encontrarlo. Qué te parece, Eugenia?

EUG. Papá, horrible!

BEN. (*Gozoso.*) No es cierto? Oh! mi vecino Rompelanzas, ese antiguo militarote, de tan mal genio, va á rabiar de envidia cuando vea un *cactus* tan horriblemente hermoso!

EUG. Tambien le da por la botánica?

BEN. Yo lo creo! Pues eso es lo que ha producido tantas disputas entre nosotros, hasta que hemos concluido por no hablarnos! Siempre está tirando piedras á mi jardin; esta mañana me arrojó este tubérculo de dalia, y yo se lo arrojé á él; ahora me lo vuelve á arrojar, y voy á hacer lo propio... Pero antes quiero consultar con Mauricio, para saber si tengo derecho ó no, porque quiero evitar pleitos. Dónde está Mauricio?

CEC. (*Que se levantó al oir el nombre de Mauricio.*) No sé: le creia contigo.

BEN. Dios mio! Y estando en convalecencia le dejas salir con este sol tan abrasador como el de Africa?

CEC. Tú eres quien le dejas.

BEN. (*Inquieto.*) No se cuida... si es peor que un niño!... Mauricio... Mauricio...

JUA. (*En el umbral de la puerta.*) No está en casa, señor. (*Vase.*)

BEN. Estoy seguro, que ni habrá tomado la precaucion de ponerse el sombrero de paja.

EUG. Porque le dé el sol no se ha de morir. El señor Tolosana, su médico, le manda que pasee.

BEN. Ese médico está loco! Le ha dado la manía de que conoce las pasiones de los hombres palpándoles la cabeza, y que adivina sus caractéres por la forma de las narices. (*Serie.*) Dice que los hombres empezaron por ser legumbres, y despues séres irracionales... Su fuerte es la homeopatía!... Ni sangra ni purga, y se llama médico!!... *To-lo sana*: pues yo creo que no sana nada.

EUG. Está graduado de doctor!

BEN. (*Volviéndose.*) He reparado que tomas con calor su defensa, y eso me hace sospechar que sus visitas á esta casa, no son sólo visitas de médico... Pues si piensa casarse, chasco se lleva; primeramente no es mi amigo.

EUG. Pero papá...

BEN. Y despues, tiene quince años más que tú.

EUG. (*Le coge la mano como para imponerle silencio cariñosamente.*) Tú tienes veinte, y...

BEN. Y... y qué?

EUG. Y más de veinte que mamá.

BEN. (*Cortado.*) Veinte y... es posible... pero yo soy diferente... Porque yo... yo... en fin... todavía... tú no puedes comprender esto.

EUG. Pero si á mí no me parece viejo...

BEN. (*Viéndole.*) No lo dije! Hé aquí el sombrero de paja de Mauricio: ha salido con la cabeza descubierta, y tan delicado como está... Vamos, hoy le da un tabardillo. Voy á ver si le encuentro. (*Vase corriendo llevándose el sombrero.*) Mauricio... Mauricio...

ESCENA V.

EUGENIA, CECILIA.

CEC. Tiene razon tu padre; al lado del señor Tolosana eres una niña.

EUG. Pero mamá, qué importa si seré dichosa?

CEC. Oh! no lo serás!

EUG. Sin embargo, yo le amo.

CEC. Pronto conocerás que no le amas lo suficiente.

EUG. Papá te dobla la edad; y qué, tú no amas á papá?

CEC. Yo? Vaya una pregunta! Vamos, eres una niña, y no debo razonar contigo.

EUG. Aquí llega.

CEC. (*Vivamente.*) Mauricio?

EUG. Sí, mamá.

CEC. Pobre joven! Segura estoy de que le faltan las fuerzas.

EUG. Te equivocas, su aspecto no es de enfermo.

ESCENA VI.

DICHAS, MAURICIO.

(*Mauricio viene por el foro, pantalon de color, levita de mañana, elegante, fumando un cigarro habano, y mirando las bocanadas de humo, como quien marcha distraido.*)

CEC. (*Sorprendida.*) Fumando!... Pues no se lo prohibió el médico?

EUG. Adios, señor Mauricio: con que fumais?

MAU. (*Cortado.*) Perdonadme, señoras, y si os incomoda el humo... (*Arroja el cigarro.*)

CEC. No es eso, sino que creia os fuese perjudicial; falto de salud...

MAU. He querido probar si me sabia bien el cigarro...

CEC. Y qué?

MAU. Me sabe perfectamente.

CEC. Pase por el cigarro, pero salir con este sol!...

MAU. Teneis razon, no debia haberme separado de vos.

EUG. Y papá que anda buscándole por el jardin! (*Sube hácia el foro.*)

CEC. (*A Mauricio.*) Si viérais qué encarnado estais! Mereciais que os riñese. Sentaos (*Mauricio se sienta en el canapé.*)

EUG. (*En el foro.*) Pobre papá!... (*Bajando al proscenio.*) Hace un calor!...

CEC. (*Creyendo que Eugenia habla de Mauricio.*) Eso es lo que yo le digo, que el calor ahoga. Estoy segura de que teneis sed.

MAU. Con efecto, señora.

CEC. Eugenia, dame la bandeja que está sobre el velador. (*Mauricio va á levantarse para tomarla.*) Quieto, quieto... no os movais: es malo beber estando acalorado: mientras descansais, yo os prepararé una naranjada.

EUG. (*Dándola la bandeja.*) Quieres que le diga á papá que hemos hallado á Mauricio?

CEC. (*Poniendo la bandeja en la mesa.*) Para qué? Nada tienen que decirse. (*A Mauricio.*) Supongo que nada teneis que decirle?

MAU. Absolutamente nada.

CEC. (*A Eugenia.*) Ya lo oyes.

EUG. Ah! yo creia... Entonces voy á ocuparme de mi leccion de piano. (*Entra en la casa.*)

ESCENA VII.

CECILIA, MAURICIO.

CEC. Cómo os encontrais de salud?

MAU. No mal, pero fatigado.

CEC. (*Pasando entre la mesa el canapé, y empujando el taburete hácia los piés de Mauricio.*) Poned los piés sobre el taburete.

MAU. Tanta bondad, señora!...

CEC. Vamos, no estais aquí para hacer vuestra voluntad.

MAU. Cómo manifestaros mi reconocimiento por los cuidados... adorables... que os debo?

CEC. (*Echando terrones de azúcar en el vaso.*) No hablemos de eso.

MAU. Al contrario, hablemos siempre. Qué atenciones tan delicadas!... A vos sola debo mi curacion!

CEC. Y al médico.

MAU. El médico? Absolutamente nada. Vuestra mágica influencia es la que me ha salvado... Es el dulce magnetismo de la mujer que nos envuelve como una caricia, y que refresca nuestra abrasada frente mejor que

720356

pudiera hacerlo un ángel batiendo sus alas. (*Cecilia va á coger la naranja que está sobre el velador, y vuelve á la mesa para echar agua en el vaso.*) Cuando la calentura me tenia tan abatido que no podia abrir los ojos... todas mis fuerzas agotadas... os sentia ir y venir como en un sueño, y hablar bajo... no oia otro ruido que el de la cuchara en la taza, ó el crugir de la seda que producia el roce de vuestro vestido. Yo os escuchaba extasiado cuando me preguntabais: «os sentís mejor? Quereis beber?» Y me incorporaba para beber, no la insípida tisana que vuestra linda mano me ofrecia, sino el sonido de vuestra voz... vuestras miradas... vuestro aliento!... y con él la salud, la esperanza, la vida!

CEC. (*Que le ha escuchado inmóvil, deshace con la cuchara el azúcar.*) Vamos, silencio... Os sentís mejor?

MAU. (*Abanicándose con su pañuelo blanco.*) Sí señora, un poco.

CEC. Teneis calor. Quereis un abanico? (*Pone el vaso en la bandeja, y se dirige á la consola, pasando detras del canapé.*) Os cuidais muy poco! Os exponeis á una recaida.

MAU. Ojalá!

CEC. (*Tomando el abanico.*) Cómo ojalá!

MAU. Porque entonces, volviendo á ser vuestro enfermo, bendeciria la vuelta de esta enfermedad, que se aleja llevándose consigo tan gratas ilusiones!

CEC. (*Volviendo hácia él.*) Qué, qué es eso? Quereis no repetir tales locuras?

MAU. Ah! no prohibais al que habeis salvado, la sola alegría que le queda en el corazon, el reconocimiento!

CEC. Aún teneis un poco de calentura.

MAU. (*Con indiferencia.*) Puede ser.

CEC. Oh, de seguro... Estais muy agitado.

MAU. Siempre.

CEC. La culpa es vuestra; no debeis andar deprisa, ni hablar con tal pasion; la calma y el reposo os son necesarios. Ahora comprendo por qué un pesar os ha puesto enfermo.

MAU. Cómo! Sabeis...

CEC. Poca cosa, porque mi marido es muy reservado; pero he oido hablar de ruptura, de amores contrariados... es cuanto sé. (*Ha partido la naranja, y exprime la mitad en el vaso.*) Habrá bastante naranja?

MAU. Sí señora. Deciais que un amor...

CEC. Mi marido es quien lo decia, yo no.

MAU. Pues es cierto; he amado!...

CEC. (*Vivamente.*) No os lo pregunto. (*Pone el vaso delante de Mauricio, y vuelve á coger el bordado.*)

MAU. (*Continuando.*) He amado como un loco, y no hay palabras que basten á explicar cuánto he sufrido! Adorar á una mujer indigna, vulgar, absurda; sacrificarla deberes, familia, fortuna... (*Cecilia se sienta en la silla junto al velador.*) y nunca un pensamiento que fuese eco del mio, y jamás ver en ella esa dulce armonía, esa poética fusion de las almas que constituye el amor... bien lo sabeis, y sin la cual el amor es imposible.

CEC. Cuán cierto es!

MAU. No es verdad, señora?

CEC. (*Algo turbada.*) Al menos... así lo dicen; yo, no sé nada!

MAU. (*Apoyando los codos en el velador y mirándola dulcemente.*) Nada! Estais segura de ello?

CEC. Ah! Sois un hombre peligroso! Dais un giro á las palabras que se le escapan á una involuntariamente!

MAU. (*Sin mirarla, y jugando con el abanico.*) Es muy difícil no hacer ciertas comparaciones entre vos... y él. Ya sabeis de quién quiero hablar?

CEC. De mi marido. Y bien, no es el mejor y el más bondadoso de los hombres?

MAU. Bondadoso, ciertamente; pero la amistad me hace presentir que su inteligencia no se encuentra á la altura de su corazon para comprenderos.

CEC. Es tan cariñoso...

MAU. (*Con viveza.*) Si, excelente! (*Vacilando.*) Pero... un poco prosáico.

CEC. Tal vez.

MAU. (*Algo burlon.*) Entre nosotros... no se puede exigir de él, el aprecio de cuanto es delicado, artístico y poético.

CEC. (*Sonriendo.*) Oh! eso no; pero es tan bueno!..

MAU. La bondad no basta!.. Y la dicha del corazon!..

CEC. Sois más digno de lástima que yo; pero á vuestra edad os consolareis pronto.

MAU. Es difícil, sin un amigo que me aconseje y anime.

CEC. Y mi marido?

MAU. (*Con calor.*) Harto conoceis que hay heridas, para las cuales la mano de un hombre es harto pesada. Se necesitan los cuidados afectuosos y delicados de la mujer! No tengo madre, ni hermana: necesitaria por consiguiente, una amiga como vos!

CEC. Como yo!

MAU. (*Los codos en la mesa y cruzados los brazos.*) Y si me atreviera á suplicaros, que fueseis ese ángel ideal, esa amiga de mis sueños dorados...

CEC. No sé si debo...

MAU. Vos me acogísteis y cuidásteis como amiga; tengo por lo tanto derecho de daros ese nombre, tan grato de pronunciar, y que no puede disgustaros oir.

CEC. Si todo ha de consistir en consolaros con buenos consejos; en miraros como una hermana, á condicion de que vos me escucheis como un hermano, y á tratar de curaros esa enfermedad del alma, como hemos curado la del cuerpo, no tengo inconveniente en emprender esa buena accion.

MAU. Ciertamente.

CEC. (*Alargándole la mano que él estrecha.*) Pues bien, desde hoy amistad sincera... amistad de hombre!

MAU. Amistad que pueda confesarse

CEC. (*Vivamente.*) Sí; pero no dirémos nada; el mundo es tan maldiciente!

LOR. (*Entre bastidores.*) Quién? El señor Mauricio? Está en...

TOL. (*Lo mismo.*) Bien, bien, ya le encontraré.

MAU. (*Aparte.*) Alguien viene. (*Se separa vivamente de Cecilia.*) Ah!

CEC. Qué teneis?

MAU. (*Fingiendo un desmayo.*) No sé; la felicidad, la alegría...

CEC. Dios mio! Se desmaya! Juana, Juana, pronto!

ESCENA VIII.

DICHOS, TOLOSANA.

TOL. (*Saliendo por el foro.*) Y bien, qué es eso?

CEL. Doctor, acudid pronto. No sé qué le ha dado de repente!

TOL. Se nos ha desmayado el mozo? (*Mauricio suspira.*)

CEC. (*Inquieta.*) Le ois suspirar?

TOL. Perfectamente. (*Saca su cartera, escribe y arranca la hoja.*) Que entreguen esto á mi criado, y dará un frasquito con glóbulos.

CEC. (*Conmovida.*) Voy á mandar corriendo! Tal vez el calor...

TOL. Sí, el calor!

CEC. Estábamos hablando, cuando de repente... Pero no será grave, eh?

TOL. Con los glóbulos, se pasará.

CEC. (*Inquieta.*) Estoy conmovida... pero es natural... la sorpresa... y luego...

TOL. (*Maliciosamente.*) Sí, es muy natural!

CEC. Ciertamente. Vuelvo al momento. (*Entra en la casa.*)

TOL. Ya estamos solos. Con que hazme favor de volver en tí, y pronto. (*Coge la naranjada y la menea con la cuchara.*)

MAU. (*Abriendo los ojos.*) Tolósana, eres tú?.. (*Alarga la mano como para coger el vaso.*) Dame.

TOL. La naranjada no está indicada para tu dolencia. (*Se la bebe toda.*)

MAU. Buen provecho. Te aseguro que me sentí desfallecer.

TOL. (*Que se ha puesto los lentes en la nariz.*) Pobrecito! Qué lástima!

MAU. Por qué me miras con ese aire burlon? No estoy convaleciente?

TOL. Sí tal.

MAU. De una enfermedad de amor! Una enfermedad del alma, causada por la traicion de una ingrata?

TOL. Luego te crees capaz de enfermar de amor! Lo que tú has tenido, son unas tercianas, más benignas de las que mereces, por irte á pasear de noche, pensando en tu bella, á las inmediaciones del mar de Antígola, ó á las orillas del Tajo.

MAU. Te compadezco, porque ya no hay ilusiones para tí, zorro viejo!

TOL. Cómo! Tú crees, y eso sin examinarme el cráneo, que mi primer existencia fué de zorro?

MAU. No sé lo que serias antes, pero ahora ..

TOL. (*Palpando el cráneo de Mauricio, que está sentado, y haciéndole volver la cabeza.*) Ahora soy un consumado frenólogo, admirador de Gall y Lavater, los cuales leerian con facilidad en tu humanidad presente, todos los caractéres de tu animalidad pasada.

MAU. (*Sonriendo.*) Tendria curiosidad en saber qué animal he sido.

TOL. Tú has sido, gorrion.

MAU. Gorrion?

TOL. Pájaro goloso, atrevido, ladronzuelo y enamorado.

MAU. Gracias!

TOL. La manía de tales avechuchos, es invadir el nido de los otros. (*Blandiendo el baston, para indicar la escena como si fuera el nido.*)

MAU. (*Picado.*) Mira, eso es demasiado!

TOL. Te das por aludido? El instinto de tu especie te hace traicion.

MAU. Dónde vas á parar con tus comparaciones?

TOL. Fija los ojos en esta casa, y hallarás bajo este techo, un nido de golondrinas, en el cual ha entrado un gorrion viajero. Era de noche!... noche tempestuosa; el pobre diablo estaba enfermo, y apenas podia batir sus alas. (*Tolosana imita con los brazos el aleteo.*) Fué bien recibido y obsequiado con buenos cañamones!... No era él mal cañamon!.. Y mientras el macho hospitalario recorria los campos, mi gorrion convaleciente, cuenta á la golondrina hembra sus tribulaciones. La pájara se enternece... El llora, ella enjuga sus lágrimas con el pañue... con la alita... Dios quiera que vuelva el compañero de la golondrina, antes y con tiempo!

MAU. Qué has visto para?..

TOL. He visto una naranjada y unas zapatillas. (*Coge el bordado de Cecilia.*) Nunca has observado con ojos filosóficos, las zapatillas de un marido, bordadas por su mujer? Los colores... *mal-casados;* dibujo sin gusto, trabajo imperfecto... y largo!.. Un año para bordarlas! Las zapatillas del amante, se bordan en ocho dias; colores finos, trabajo esmerado, dibujo del mejor gusto. (*Pega con el baston en el vaso.*) Pues, y la naranjada? Ni una sola pepita queda en el vaso del amante, y el pobre marido tiene, á riesgo de ahogarse, que tragarlas todas.

MAU. Quieres sacar con una mentira una verdad? Pues sábete que nada hay.

TOL. Quien todo lo niega, todo lo concede.

MAU. Las grandes atenciones que me han dispensado y que no merezco, te han llenado la cabeza de visiones... Alguno te ha hablado de ella y de mí, y yo quiero saber quién es...

TOL. Claro es; me han hablado del asunto... primeramente, ella.

MAU. Ella?

TOL. Y despues, tú.

MAU. Yo!

TOL. Pues majadero, no hace media hora que me lo estás negando, sin considerar que tus negativas, tu acalorada defensa y tu reserva exagerada, me han confesado todo lo que yo queria saber? Y la inquietud de la dama por tu desmayo, galopin! Entra el médico en una casa, se acerca á la cabecera de un enfermo, saca su reloj para contar las pulsaciones, y le obliga á enseñar la lengua; habla de neurálgia, gastrálgia, hemorrágia... El paciente, que no comprende una palabra, habla de fatiga, sed, dolores aquí ó allí, falta ó sobra de apetito... y cuando el doctór guarda su reloj, el enfermo ha creido no decir nada y lo ha dicho todo.

MAU. (*Sonriendo.*) Oiga!

TOL. Quieres saber en qué grado se halla tu enfermedad amorosa?

MAU. (*Sonriendo.*) Y mucho que lo quiero.

TOL. Pues saca la lengua.

MAU. Anda enhoramala con tus bromas.

TOL. Entre bromas ó veras, estás en tercer grado... *valetudinarius amoris*... como dicen los médicos viejos, que si no saben medicina, saben más latin que Ciceron.

MAU. Pues el tercer grado, es cosa séria!

TOL. Primer período. Miradas dulces, encuentros... casuales, apretones de manos... Diez grados sobre cero... Temperatura de primavera. Los primeros síntomas se notaron en el teatro Real ó en el salon del Prado. Segundo grado. Miradas apasionadas, mejillas sonrosadas... como los tísicos, distraccion... palpitaciones!.. Oh! estas indican siempre el progreso del mal! El pulso marca treinta grados... calor del dia de San Juan. En esta situacion aún sirven los auxilios del médico; pero si no se le consulta, y el enfermo, imprudente, bebe una naranjada... inmediatamente pasa al tercer grado.

MAU. (*Poniéndole el brazo en el hombro.*) Permite que te haga observar, que no he sido yo, sino tú, quien ha bebido la naranjada.

TOL. Es que tú estabas ya en el tercer grado, el cual se manifiesta por calofríos, tendencias á desmayos... manía de confraternidad.. «Yo seré vuestra hermana.»—«Yo vuestro hermano...» Siempre *am-igos*... Se explota el radical, esperando variar la terminacion, y lo que empieza por *igos* acaba por *antes*.—Temperatura, treinta y seis grados, plena canícula, calor de fiebre... y la fiebre produce el delirio...

MAU. Calla, gran diablo!

TOL. El diablo eres tú, gran pecador; seductor de mujeres! Te conocí en el paraíso terrenal de Madrid, transformado en serpiente, y ofreciendo manzanas á varias Evas, cuyos esposos te cobraban siempre amistad, porque la fortuna de tales Adanes, consiste en ser miopes. Y siempre crees que el último amor, es el verdadero! Pero este, yo trataré de impedírtelo.

ESCENA IX.

DICHOS, CECILIA.

CEC. *(Llega corriendo.)* Aquí está el frasquito.
MAU. Cómo! Vos misma?...
CEC. Sí, he ido yo, porque los criados son tan torpes!.... *(A Tolosana.)* Es esto?
TOL. Esto mismo. *(Aparte á Mauricio.)* Vas á tomar unos glóbulos.
MAU. *(Aparte á Tolosana.)* Tómatelos tú, ya que has tomado la naranjada.

ESCENA X.

DICHOS, EUGENIA.

MAU. *(Con entusiasmo.)* Cuánta gratitud os debo! *(Va á besar la mano á Cecilia, y esta la retira.)*
TOL. *(Aparte.)* Cáspita!... Esto es ya el cuarto grado... El enfermo se va por la posta. *(Alto.)* A ver, un vaso.
EUG. *(Mientras él prepara el medicamento, y que Cecilia y Mauricio se hablan por lo bajo, dice aparte á Tolosana.)* No pidais hoy mi mano á papá, porque os la negaria.
TOL. Papá me la negará?
EUG. Y mamá tambien.
TOL. Pues estamos como queremos... Y por qué me la negarán?
EUG. Papá dice que no sois amigo suyo.
TOL. Qué no soy?... *(Aparte mirando á Mauricio.)* El lo es!... Mereceria don Benigno que me vengase!... Pero no: soy testarudo, é impediré una catástrofe.... *(Señalando á los amantes.)* *(Alto á Eugenia.)* y nos casarémos.
CEC. Está ya, doctor?
TOL. Estoy contando los glóbulos.... tres.... cuatro.... oh! es cosa muy grave un glóbulo de más!

ESCENA XI.

DICHOS, DON BENIGNO.

BEN. *(Sale por el foro, corriendo y acalorado.)* Por más que corro, no doy con él. *(Viendo á Maur.)* Ah! Está aquí.
MAU. *(Haciéndole señas para que calle.)* Chist!
BEN. Cómo!... Me dejas correr en tu busca, y....
CEC. *(Señala á Tolosana.)* Silencio; está contando.
BEN. Contando, el qué?
TOL. *(Menea y saca del vaso una cucharada de agua.)* Vamos, toma ahora esta cucharada, y dentro de una hora la segunda.
MAU. Qué quieres hacerme tomar?
TOL. *(Aparte.)* Nada, hombre; los homeópatas no damos nada; agua fresca, que es lo que ahora necesitas.
BEN. *(Pregunta con interés á todos.)* Doctor, cómo sigue el convaleciente?
TOL. *(Aparte á Benig.)* Así, así;... no me gusta mucho... los nervios agitados... debilidad de cabeza. Debeis hacerle dar grandes paseos. Esto le probará mucho, y á vos tambien.
BEN. A mí?...
TOL. No le dejeis nunca solo.
BEN. No tengais cuidado; mi mujer le acompaña siempre.
TOL. Sí? Pues entonces me voy tranquilo! *(Va á coger el sombrero y el baston.)*
BEN. *(Aparte.)* Voy á convidar á comer al médico, por si Mauricio le necesita.
TOL. Con vuestro permiso.... *(Saluda.)*
BEN. No os vayais, y hacednos el honor de comer con nosotros.
EUG. *(Aparte.)* Aceptad.
TOL. Acepto con el mayor gusto.
EUG. *(Entrando en la casa, llevándose el vaso del medicamento.)* Papá le convida? Qué milagro!

ESCENA XII.

DICHOS, MENOS EUGENIA.

BEN. *(A Tol., que ha dejado el baston y el sombrero.)* Espero gente hoy.
TOL. A quién?
BEN. Espero, y no espero. *(Cecilia se dirige al foro á la izquierda. Mauricio, que estaba á la derecha, ha cogido un periódico, y va lentamente á hablar con Cecilia, sin afectacion.)* Cuando construí esta casa de campo, hice expresamente varios cuartos, sobre todo, el de papel azul, que es lindísimo. Y sólo para dar la hospitalidad á mis amigos, porque yo estoy contento cuando veo que alguien comparte mi felicidad.
TOL. *(Maliciosamente, al ver que Cecilia y Mauricio, dando la espalda al público hablan bajo.)* Sí, eh?.... *(Aparte.)* Pues ya tienes lo que necesitas.
BEN. El otro dia fuí á Madrid, sin más objeto que ocupar el cuarto azul, y á cuantos amigos hallé en la calle, les invité á venir unos dias á comer las fresas y los espárragos de Aranjuez. Ahora recuerdo que no he dicho á Cecilia... *(Va á volverse, y Tolosana le tira por la corbata, como para impedirle que vuelva y vea á los que hablan.)* Qué haceis?
TOL. *(Que le ha desatado la corbata.)* Esperad, teniais suelta la corbata, y voy á haceros el lazo. *(Lo hace.)*
BEN. *(Mientras le ata la corbata.)* He invitado á don Simon, un amigo de la niñez: á don Silvestre, amigo y compañero de colegio: y á quién más, señor?... Ah!... á Jaudenes, un amigo que he conocido en la pesca.... porque la caza es ejercicio fatigoso, y me gusta más la pesca, por lo tranquila que es. *(Debe tener presente el actor que ejecute este papel, que don Benigno es un bonachon, pero no un hombre ridículo.)*
TOL. Cuántos amigos teneis!
BEN. No he invitado más que á cuatro ó cinco, pero en Madrid tengo más de dos docenas.
TOL. Y todos íntimos, eh?
BEN. Todos.
TOL. Intimos.... como Mauricio?
BEN. *(Con satisfaccion.)* Oh! como Mauricio, pocos.
TOL. *(Aparte.)* Afortunadamente.
BEN. *(Dando un golpe cariñoso en la cabeza á Mauricio que ha vuelto al proscenio.)* Este es una excepcion; el hijo de un antiguo camarada: un chicuelo á quien he visto nacer. *(A Tolosana.)* Pero ya os he dicho, que cuento por docenas á mis amigos íntimos. Soy muy fácil en entablar amistades: y vos?
TOL. Yo, no.
MAU. A quién se lo preguntais? No se le conoce más amigo que yo.
TOL. Y todavía!...
CEC. Por qué no teneis amigos?
TOL. Porque se encuentran poquísimos dignos de un nombre, de que tanto se abusa. Vuestro esposo busca la cantidad, yo la calidad; y prefiero uno bueno, á docenas de.... dudosos.

ESCENA XIII.

DICHOS, LORENZO.

LOR. Señor! Señor! Aquí llega un amigo vuestro, que ha venido por el camino de hierro...
BEN. (*Gozoso.*) Quién?...
LOR. Con su esposa. Hélos aquí.

ESCENA XIV.

DICHOS, DON SILVESTRE Y DOÑA BARBARA. (*Ambos son solapados y maldicientes.*)

BEN. Ah, es mi amigo Silvestre y su esposa doña Bárbara.
SIL. (*En el foro.*) Nosotros mismos. A ver, préstame una peseta para pagar al mozo. (*La peseta que recibe de Benigno se la da al mozo que mete sus maletas en la casa, ayudado por Lorenzo.*)
BEN. Te agradezco tu amabilidad en haber aceptado mi invitacion.
SIL. Los que no poseemos casas de campo, tenemos que venir á las de los amigos.
BÁR. Cómo estais, señora? (*A Cec.*) Tengo gran placer en veros. Permitidme. (*La besa.*) Siempre bella! Parece que rejuveneceis.
TOL. (*A Mauricio.*) Vaya un cumplido.
SIL. (*Mirándolo todo con envidia.*) Qué lujo de casa!
BEN. (*A Tolosana y á Mauricio.*) Permitidme que os presente á don Silvestre Torres, empleado en el ayuntamiento, y antiguo compañero del colegio de la calle de la Madera, donde estudiábamos juntos.
SIL. Yo era el que estudiaba, porque tú....
BEN. (*Riendo.*) Verdad es, que era muy desaplicado, mientras que el pobre Silvestre, siempre entre libros!
SIL. Quién nos hubiera dicho entonces, que tú tendrias casa de campo, cuando yo no tendria levita! (*Silvestre lleva una levita usada y doña Bárbara un vestido algo anticuado.*) La suerte es tan injusta!
TOL. (*A Mauricio.*) No se explica mal Silvestre!
CEC. (*A doña Bárbara.*) Venid conmigo, señora.
BEN. (*A Lorenzo.*) A la sala azul, entiendes?
BÁR. (*Aparte á su marido.*) La sala azul!... Qué farsantes! Como si las tuvieran de todos colores. (*Vase seguida de Cecilia y de Lorenzo.*)

ESCENA XV.

TOLOSANA, BENIGNO, SILVESTRE, MAURICIO, Y DESPUES DON SIMON Y RAFAEL.

TOL. Ya está ocupada la famosa sala azul.
JUA. (*Fuera.*) Por aquí, señores....
BEN. Otros!
MAU. La casa empieza á llenarse.
JUA. (*Entrando en escena.*) Por aquí.
SIM. (*Bruscamente al entrar.*) Ya veo que es por aquí. En todas partes se entra por la puerta.
BEN. Querido Simon!
SIM. No te molestes por mí. Toma esto, mientras pago al mozo. (*Le pone en la mano una maletita.*)
BEN. Señores, os presento á mi antiguo amigo....
SIM. Antiguo.... No tan antiguo como tú. Tenme esto, para que pueda buscar el bolsillo. (*Le pone un paraguas debajo del brazo.*) Dónde le habré metido? (*Busca en sus bolsillos el del dinero.*)
RAF. Papá, si me le has dado á guardar.
SIM. Verdad!... Ahora recuerdo. (*Coge el saco de noche que trae Rafael, y se le pone en la otra mano á Benigno para que el niño pueda sacar el bolsillo.*) Dámele. (*A Tolosana.*) Es mi hijo, Rafaelito; tímido como una doncella. Yo mismo le he educado. Oh! es un ángel! (*Benigno lleva los equipajes al foro y Juanita los coloca en el suelo esperando á Lorenzo.*)
BEN. (*Volviendo al proscenio.*) Al fin me cumpliste tu palabra?
SIM. Sólo lo he hecho por complacerte. No me gusta salir de Madrid, y este Aranjuez, le detesto. (*Volviéndose á Mauricio y Tolosana.*) Me fastidiaba tanto para que viniese, que le he dicho á mi hijo: Vamos una vez, para que nos deje en paz.
TOL. (*Aparte á Mauricio.*) Este es más Silvestre que el otro.
BEN. Pues no sé dónde te voy á meter; la sala azul está ocupada.
SIM. En cualquiera otra; con tal que sea mejor que esa.
BEN. Ah! la que está encima, en el piso alto.
SIM. Te advierto que las escaleras me fatigan. Para subir á la torre de Santa Cruz, no necesitaba venir á Aranjuez.... y tanto como me molestan los viajes! Me parece que lo mejor será volvernos; no te parece, Rafael?
RAF. Sí, papá.
SIM. Pues vámonos. (*Va á coger su equipaje.*)
BEN. No te vayas; todo se arreglará. Silvestre te cederá la sala azul. (*A Silvestre.*) Consientes en ello?
SIL. No tal! Porque él es rico y yo pobre?
MAU. No hay que incomodarse, yo cederé mi cuarto.
BEN. (*Cogiéndole otra vez su equipaje.*) Ya está todo arreglado. Estarás en el piso principal.
SIM. Eso es diferente; y con tal de no molestar á nadie... (*Aparta á Tolosana de delante del sofá, y se sienta.*) Qué polvo por ese camino! (*A Tolosana.*) Figuraos que... pero sentaos á mi lado; me fatiga tener que levantar la cabeza para hablar. (*Tolosana se sienta.*) Me creo en casa de un hermano.
BEN. Nos queremos como gemelos.
SIM. (*A Benigno.*) Siéntate tambien! (*Los tres en el sofá.*) Cuando éramos pobres viviamos juntos.
BEN. En mi modesto cuartito.
SIM. En que no habia más que una cama.
BEN. La mia.
SIM. Ni más petaca que la tuya.
BEN. Vacía siempre, porque te fumabas mis cigarros.
SIM. Y qué malos eran!
BEN. Despues, cada uno echó por su lado; él fué á una provincia, yo me casé, y sólo nos hemos visto dos ó tres veces en tantos años.
SIM. Tardaste tanto en hacer fortuna!... Pero ahora parece que has hecho grandes negocios!
TOL. (*A Mauricio que está detrás de él.*) Apostaria á que este vinagre quiere aprovecharse de ellos!

ESCENA XVI.

DICHOS, MORETON, *despues* CECILIA, EUGENIA *y* BÁRBARA.

MOR. (*De sargento de cazadores de Madrid, con una maleta debajo del brazo; cara atezada, grandes bigotes, aspecto formidable.*) Caballeros, á la órden. Es esta la casa de mi amigo Benigno?
BEN. Segun parece, es un amigo.
MOR. Mil cañones rayados! Nadie responde! Si estaré en el colegio de sordo-mudos?
BEN. Chist... no digais esas palabras, hay señoras, y pueden oiros. Yo soy Benigno; en qué puedo serviros?
MOR. Cómo! Eres tú?
BEN. (*Sorprendido..*) Me tutea!
MOR. (*Deja caer la maleta y le abraza.*) No abrazas á tus amigos de Marruecos?

BEN. Es un amigo de Africa!
TOL. (*Aparte.*) Tiene amigos en todo el mundo!
MOR. Vive Dios! Me miras como un tonto, cuando no reconoce.
BEN. Sí, sí, perfectamente! (*Aparte.*) Que me ahorquen si caigo en quién es! (*Alto.*) Sin duda la barba!...
MOR. Por qué te has quitado la tuya?
BEN. (*Aparte.*) Yo! Si nunca la he tenido.
MOR. Dónde meto estos bártulos? (*Cogiendo su maleta. Los otros rodean á Benigno.*)
SIL. Es uno de tus amigos, eh?
BEN. No lo sé; pero cuando él lo dice... parece que éramos íntimos en Marruecos. He dejado allí tantos entre moros y cristianos!...
SIM. Cómo se llama este?
BEN. Eso quisiera yo saber.
TOL. Tratad con maña de que os diga su nombre.
BEN. (*Al militar.*) Mi querido... (*Como si quisiera recordar su nombre.*)
MOR. Eh?... Y bien?...
BEN. (*A Tolosana.*) No lo dice. (*Alto.*) Mi querido... amigo...
SIM. (*Aparte á Benigno.*) No le convides á comer.
BEN. El caso es que hoy, respecto á comida...
MOR. Conmigo no hagas cumplidos... Comeré lo que haya... mañana comerémos mejor... Voy á estar en tu compañía un mes!
SIM. SIL. TOL. } Un mes!
MOR. Los veranos me resiento de la herida que me hizo aquel maldito moro... Tengo dos meses de licencia para baños minerales, y quiero aprovechar uno pasándole contigo. Me ofreciste tantas veces en mi tienda de campaña, tu casa y tu bolsillo!
SIM. (*A Benigno.*) Nunca se ofrecen esas cosas. Sólo se ofrece el dinero cuando no se tiene.
MOR. Venia yo tan alegre por el camino pensando en el gusto que te daria verme! Oyes, chico: he encontrado tu casa por milagro.
TOL. (*Aparte.*) Pues aún cuando el milagro no hubiese tenido lugar, maldita la falta...
MOR. Pero vi cerca de aquí al sargento aposentador... ya le recordarás... al que pusieron por mote Salomon.
TOL. (*Aparte.*) Si vendrá tambien el sábio rey á esta casa?
MOR. No te acuerdas tampoco de Salomon?
BEN. Así... vagamente...
MOR. Pues ese me ha dicho que todo el mundo te conoce en Aranjuez y que te has casado.

ESCENA XVII.

DICHOS, CECILIA, EUGENIA, BÁRBARA, *por el foro.*

BEN. (*Señalando á Cecilia.*) Hé aquí precisamente mi mujer.
MOR. (*Haciendo un saludo militar.*) Señora... besoos la mano... (*Aparte.*) Caramba! Qué guapota! (*Aparte á los hombres.*) Siempre tuvo buen gusto en punto á faldas, y hasta en Tetuan, perseguia á las judias más bonitas.
SIM. (*Tapando los oidos á su hijo.*) Quereis callar, señor militar! Delante de mi niño!... Mi Rafaelito, que es un ángel!
CEC. (*Aparte á Benigno.*) Quién es este sargento?
BEN. Un amigo.
CEC. Va á comer con nosotros?
BEN. Me dió hospitalidad en su tienda de campaña, ya ves, no puedo despedirle. (*Aparte.*) Pero quién será este amigo que no conozco? (*Suena una campana.*) Hola! La señal de que está preparada la comida. (*Movimiento general.*)
SIM. Ah, no: es muy temprano, yo he almorzado tarde. No es verdad, Rafael?
RAF. Sí, papá.
SIM. Ya le ois, y él no miente nunca... Es un ángel!
SIL. Será un ángel, pero nosotros que no somos ángeles, tenemos hambre.
SIM. No es posible; yo no la tengo; tú tampoco, eh! Rafael?
RAF. No, papá.
BEN. Son las seis; y te aseguro que tengo apetito.
SIM. Pues aguarda una hora, y tendrás más á las siete.
MAU. Para contentar á todos, comamos á las seis y media.
SIM. Oh! Si nosotros molestamos, nos irémos. Vámonos, Rafael.
BEN. (*Tirándole del faldon.*) Otra vez! Ven acá. No te vayas: se comerá á las siete.
SIL. (*A su mujer.*) Porque es rico! No tendrian esas atenciones con nosotros.
BÁR. (*A su marido.*) Yo me muero de necesidad, y temo que me dé el histérico. Aguardar una hora por esa figura de tapiz!
BEN. Entonces, aprovechad el tiempo en pasear por el jardin. (*Abre la petaca, y Simon, Silvestre y Moreton, le sacan de ella cada uno un cigarro. Tiene tres en ella, y la vuelve hácia abajo para que vea el público que le han dejado sin poder fumar.*)
MOR. No te molestes en darme fósforos; los llevo siempre conmigo.
LOR. (*Con un periódico.*) Señor, el cartero ha traido *La Epoca.* (*Benigno alarga la mano, pero Silvestre se interpone y se la coge al criado.*)
SIL. Deja que vea yo primero la cotizacion. Quiero ver si habla de los fondos mejicanos.
SIM. Fondos mejicanos! Ya se conoce en su levita que negocia en ellos.
CEC. Vamos al jardin.
BEN. Quieres cogerte de mi brazo?
MAU. (*Se interpone y da el brazo á Cecilia.*) Perdonad, se le habia ofrecido antes.
SIM. Con este resol, y no tengo más que mi sombrero redondo!... Ah! Hé aquí lo que necesito. (*Cuando don Benigno se iba á poner su sombrero de paja, Simon se le quita de la mano, se lo pone él, y se va con Rafael por el foro, detrás de los que ya van andando. Tolosana y Benigno solos en la escena.*)
TOL. (*A Benigno que hace un gesto de aburrimiento.*) Observad, don Benigno, que soy el único que no os ha cogido nada. (*Vanse hablando.*)

ACTO SEGUNDO.

Un salon del cuarto bajo en casa de don Benigno. Tres puertas en el foro, que dan al jardin. A la izquierda, en primer término, una puertecilla que conduce al cuarto de Mauricio. En segundo término, la puerta del gabinete de don Benigno. Al mismo lado un piano, pero separado de la pared para que el actor se coloque detrás á su debido tiempo. Un taburete y un sillon, dando frente al público, á la altura del taburete. Una silla delante, contra el piano. A la derecha, en primer término, puerta que da al cuarto de don Simon. En segundo término, ventana. Frente á la puerta de don Simon una mesa en la que hay albums, periódicos, etc. Un sillon á la izquierda de la mesa, y una mesa delante.

ESCENA PRIMERA.

RAFAEL, JUANITA.

(*Rafael, sentado en el sillon, á la derecha, hace como que lee, pero sigue con la vista todos los movimientos*

de Juanita, la cual da vueltas alrededor del piano, limpiándole con el plumero, y observa tambien á Rafael.)

JUA. (Cómo me mira el rapazuelo! Se ha levantado temprano sólo para mirarme.... Y que hermosos ojos tiene!) (*Alto.*) Qué aplicado sois! Estais estudiando?

RAF. Sí, Juanita: Quinto Curcio.

JUA. El quinto tomo de Curcio? Es alguna novela traducida del francés?

RAF. No: es un libro en latin.

JUA. (*Limpiando siempre, se va acercando á Rafael.*) Para qué aprender una lengua inútil, cuando pueden decirse tan bonitas cosas en castellano?

RAF. Yo lo creo.

JUA. Estareis en algun colegio y habreis salido por las vacaciones?

RAF. No tal. Papá dice que en los colegios se vicia la juventud, y que no hay como la casa paterna para acostumbrar á un hombre al órden, á la economía y á la moralidad.

JUA. Tambien la moralidad?

RAF. Papá es muy rigoroso en este punto. Lo primero que me tiene prohibido, es mirar á las mujeres bonitas.

JUA. Pero si no las mirais, cómo sabeis que son bonitas?

RAF. Eso es precisamente lo que yo me pregunto.

JUA. Y os permite que las hableis?

RAF. A algunas. Por ejemplo, me permite hablar á mi tia.

JUA. Que edad tiene?

RAF. Cincuenta años.

JUA. Ah! una tia de cincuenta años, ya es casi un tio. Mas valia que hablaseis conmigo.

RAF. (*Se acerca á ella.*) Ciertamente.

JUA. Yo soy alegre y me gusta reir.

RAF. Estaba pensando lo mismo.

JUA. (Oiga!) (*Alto.*) Pero quizá os reñirá vuestro padre.

RAF. Buen cuidado tendré de no decírselo.

JUA. Y si alguien nos ve?

RAF. Negaré; diré que es mentira.

JUA. (El chico promete.)

ESCENA II.

DICHOS, TOLOSANA, *que ha salido al principio de la frase y ha visto los besos.*

TOL. (*Levantando las manos al cielo.*) (Es un ángel! Rafaelito, es un ángel!) Perdonad.... si incomodo.... (*Se adelanta y coge el libro.*)

JUA. Ay!... nos habeis dado un susto!... Este caballerito me leia.... á Quinto Curcio.

TOL. (*Abre el libro.*) Ah! es la traduccion de Quinto Curcio!

JUA. (*Con seriedad.*) Precisamente.

TOL. (*Alargando el libro á Rafael.*) Tomad, jóven. (Con las disposiciones que el niño tiene al estudio, no hay duda que hará carrera.) (*Vase Juanita por la izquierda echando una mirada á Rafael; este se va por el lado opuesto.*)

ESCENA III.

TOLOSANA, *solo, se sienta, exhalando un suspiro.*

Y tú, buen Tolosana, dónde vás? Qué vienes á hacer en esta casa á las nueve de la mañana, bajo pretexto de visita de médico? Tú sí que estás enfermo; enamorado, en vísperas de treinta y tres años, y pensando en matrimonio con una niña de diez y seis.... diez y siete de diferencia!... El ejemplo de don Benigno me atemoriza! Sí, pero don Benigno es lo que se llama un infeliz, mientras que tú.... (*Levantándose.*) En mi interés está velar por la virtud de su mujer, que tiene un corazon excelente, aunque la cabeza algo romancesca! El pobre marido tambien me interesa. Tiene la manía de tener amigos, y de confiarse de todos!... Por más que hago alusiones... que le dirijo indirectas.... nada entiende.... Estoy decidido á salvarle.... oh! y le salvaré.... En ese lodazal de falsos amigos, hallará uno bueno y verdadero que le dé la mano, y que.... Tú serás feliz en el seno de tu familia, y yo tambien, cuando la tenga, despues de haberme casado, y me curaré de mi amor, adorando á mi mujer.... la homeopatía, *Similia similibus curantur.* (*Don Silvestre y doña Bárbara aparecen en el foro.*) Ah! aquí llegan Pablo y Virginia.

ESCENA IV.

BÁRBARA, SILVESTRE, TOLOSANA.

(*Salen ambos mirando al jardin con envidia, y bajan al proscenio sin reparar en Tolosana.*)

SIL. (*Sonriendo maliciosamente.*) Qué posesion tan soberbia!

BÁR. Es un verdadero palacio!

TOL. (No pueden digerir la envidia que les causa la suerte de su amigo!)

SIL. El jardin está á la inglesa.

BÁR. Y la huerta!

SIL. Corral, con toda clase de animales.

TOL. (Desde ayer se ha aumentado el número.)

SIL. Vamos, no falta nada.

TOL. (Nada.... ni amigos, que rabien de envidia. (*Ahora ven á Tolosana y le saludan.*)

TOL. Levantada tan temprano! Sois madrugadora.

BÁR. Queriamos visitar detenidamente la posesion.

TOL. Es magnífica! Hay pocas como ella en Aranjuez.

SIL. No necesita Benigno que le digais eso, para creer que es la mejor de España.

BÁR. Nos ha invitado mil veces á venir á verla, sólo por vanidad, por darse tono.

TOL. Tiene buen corazon, y quiere hacer á sus amigos partícipes de sus goces.

BÁR. Pero esa no es una razon para que.... su casa de campo!... no se le caiga de la boca.

TOL. El hecho es, que fastidia oirlo... á los que no tenemos otra.

SIL. Es más que fastidioso.... es irritante. *Mi* casa por aquí.... *mi* jardin por allá....

BÁR. A la legua se conocen los advenedizos; esos pobres enriquecidos de repente.

SIL. Si no fuera mi amigo, pase.... pero lo que me ataca los nervios, es pensar lo que dirán de él los que le oigan. Le criticarán que con nosotros, que somos pobres, la eche de potentado, como para humillarnos con su lujo.

BÁR. Lo mismo que su mujer; enseñándonos los vestidos que ha traido de Paris! Eso es tener poca educacion y delicadeza!

TOL. Pero si él es rico, y ustedes no lo son, en alguna ocasion os habrá hecho servicios....

SIL. Pocas veces, y eso de un modo, que no se le pueden agradecer. «Te hace falta dinero? Toma.» Y da antes que se le pida, como para demostrar que le sobra oro. Bien se ve que no es un Salomon.

BÁR. Cuando un rico tiene amigos pobres....

TOL. Lo más acertado es no darles nada. (Al menos se evita hacerlos ingratos.)

ESCENA V.

DICHOS, SIMON, *saliendo de su cuarto.*

TOL. Ah! don Simon.... Qué tal habeis dormido?
SIM. (*Secamente.*) No he dormido.
BÁR. Las camas de las casas de campo son tan duras!...
SIM. Y yo ni aun cama tenia. Es un catre. Qué harto estoy del campo! Los insectos me impiden comer, los insectos me impiden dormir.... Tuvieron la desgraciada idea de poner la mesa en el cenador... (*Resueltamente.*) Mientras yo esté aquí, no volverémos á comer en el cenador. Una oruga amenazando caer en mi vaso... Una abeja zumbando (*Imita el zumbido de la abeja.*) en mis oídos.... Y yo que tengo un miedo á las abejas!... Una araña columpiándose sobre mi cabeza!... (*Hace un gesto de asco.*) En paseo, nos dice el jardinero que ha visto por allí el otro dia una culebra.... Que agradable!... Subo con mi vela á acostarme.... pim.... pam.... pim.... pam.... (*Imita con la boca*) las mariposas que revolotean alrededor de la llama.... Me acuesto.... un moscon, un moscon enorme.... nuncio de mal agüero.... Bunmh.... munm.... (*Imita.*) Al fin, se posa en mis narices.... Trato de cogerle, y me arrimo yo mismo un puñetazo!... Me levanto furioso; corro trás, él derribando las sillas, vuela á la ventana.... y rompo un cristal.... pero el moscon se escapa y me deja libre.
TOL. A Dios gracias!
SIM. Vuelvo á acostarme, y empiezan los mosquitos... Ese animal de Benigno no sabe siquiera que contra los mosquitos se inventaron los mosquiteros.
BÁR. (Qué genio de vinagre tiene este señor!)
SIM. Me duermo de cansancio, y al poco rato... guau, guau, guau... un perro bajo mi ventana, y otro á lo léjos que le contesta: arman un diálogo perruno, que me desespera... Mas á todo se acostumbra el hombre!... Una hora despues me vuelvo á dormir.
SIL. Hasta ahora?
SIM. Quiá... hasta el amanecer... quiquiriquí!... el gallo... y al mismo tiempo tam... tam?.. el martillo de un herrador... y los tambores del cuartel inmediato tocando diana!... Maldito sea el campo, y bendita la tranquilidad de mi casa en la plazuela de Afligidos!
SIL. Tambien á mí me molesta el canto de los gallos.
SIM. Descuidad; ya he dado órden de que guillotinen á los dos que hay en la casa.
TOL. Es posible!
SIM. Y que ahorquen al perro.
TOL. Qué Robespierre! Pero vos no quereis molestar á nadie, y eso causa perjuicios á los pobres animales!
SIM. Cuando no he dormido, paso todo el dia bostezando, y eso es desagradable...
TOL. Para los otros.
SIM. Para mí. Los demás me importan poco. (*Se sienta.*)

ESCENA VI.

DICHOS, BENIGNO *entrando de prisa.*

BEN. Ya me tiene cargado el sargento! En todo se mete, todo lo toca... Se ha empeñado en hacer al cuzcuz al uso de los moros, y ha ahumado toda la casa: y luego café á la oriental... En seguida se pone á pescar en el estanque de mis peces dorados... Y tuteándome sin cesar, cuando á estas fechas, aún no he podido averiguar su nombre.
TOL. Es un amigo anónimo. (*Está junto al piano observando cuanto pasa.*)
BEN. Y todo esto en medio de la inquietud que me causa esa maldita zorra, que acecho inútilmente hace tantos dias, y que esta noche se ha cenado otra gallina, y causado nuevo destrozo en mis flores.
SIM. Si al menos se comiese los gallos!
BEN. En fin, os gusta mi casita?
SIL. (*Secamente.*) Sí... pero está mal situada; carece de horizonte.
BÁR. (*Con un libro que hojea.*) Es muy húmeda.
BEN. Cómo! Creeis que...
SIL. Eso lo indican los mosquitos.
SIM. Está tan cerca del rio...
BEN. (*Desconcertado.*) Sin embargo... Yo no noto...
SIL. Ya lo notarás más tarde, cuando enfermes.
SIM. O quedes baldado de reumatismos.
BEN. (*Inquieto.*) Baldado!
BAR. Una casa húmeda, es una antesala del cementerio.
SIM. No pasaria en ella un verano, si me dieran un millon.
SIL. Pues y las tercianas!...
BEN. (*Sobresaltado.*) No pensé en las tercianas al construirla.
SIM. Un amigo mio las cogió muy cerca de aquí, y no se vió libre de ellas... ni por más quinina...
BEN. (*En el colmo del sobresalto.*) Con que las tuvo toda su vida!...
SIM. Pero no fué larga, se convirtieron en cuartanas, y todos sus amigos asistimos á su entierro.
TOL. Pero señor don Simon...
BEN. (*Recordando la zarzuela y cantando.*) La vida es fugaz... Por caridad, no continueis... Será mi casa tan mortífera como decís!
SIL. Cuando quiere uno darse tono con casas de campo!... Por lo demás es buena: demasiado para tí.
BEN. Gracias por el cumplido.
SIL. No... quise decir, que parece la quinta de un grande de España.
SIM. O de un hombre que figure como banquero, ó notabilidad política... Pero tú, cómo figuras?
BEN. (*Algo incomodado.*) Figuro como elector.
SIL. Elector que nunca será elegido; no te hagas ilusiones...
SIM. Supongo que no te creerás un orador?
BEN. (*Que empieza á picarse..*) Sabeis que lo que me estais diciendo...
SIL. (*Le interrumpe.*) Ahora vas á salir con la vulgaridad de que lo que te decimos son claridades!
SIM. Si yo no fuese tu amigo, cerraria mi pico.
BÁR. A los amigos se les dice la verdad desnuda.
TOL. (Demasiado desnuda!... No harian mal en ponerla una camisa.)
SIL. Y con tal de que no te piques, te diré que choca verte en tan magnífica casa.
BÁR. Nadie adivinará que sois el dueño de ella.
SIM. Cualquiera te tomará por el jardinero.
BÁR. He oido decir á muchos, qué ha hecho Benigno para tener esas casas y ese boato?
SIL. (*Apoyado en la mesa.*) Cuando otros que valen más que él...
BÁR. Uno decia el otro dia: «los hombres de talento siempre pobres, al paso que los tontos...»
SIM. Toma, otro extrañaba que hubieses ganado tanto honradamente.
BEN. Se atreven á decir...
SIM. A eso te expones...
BEN. Hace poco me matabais de tercianas, y ahora me echais á presidio!...
SIM. (*Apretando la mano á Benigno.*) Como verdaderos amigos! (*Movimiento de adhesion de Silvestre.*)
BEN. Al fin me hareis aborrecer la casa, y anunciar su venta en el *Diario de Avisos.*

TOL. (*A Benigno.*) Dónde anda Mauricio?
BEN. Le dejé paseando con mi mujer.
TOL. (Ay!... ay!... ay!) (*A ellos.*) Os habeis despachado á gusto? Y os llamais sus amigos!
SIM. (Qué hombre tan desagradable es este!)
SIL. Mucho que somos sus amigos; vos no comprendeis el comercio de la amistad.
TOL. Comercio! Razon teneis! Ese es su verdadero nombre. Se habla á uno por primera vez... «Caballero...» (*Hace un saludo.*) A la segunda: «Ola, querido...» A la tercera... «Adios, Pepe... Adios, Adios, Perico...» y se le tutea. Si un indio llegára de repente al Prado ó á la Puerta del Sol, se quedaria admirado de tanta fraternidad, y se diria: «Los madrideños están unidos por los lazos de una amistad afectuosa é indisoluble... (*Haciendo el movimiento de dar apretones de manos.*) «Mi estimado amigo... mi querido amigo... mi *mejor* amigo...» y á derecha é izquierda se aprietan la mano, á veces muchos que quisieran (*Indicándolo con el movimiento*), áapretarse el pescuezo... Muchas de esas manos, empuercan más que el lodo.
BEN. Sois demasiado severo; todos los amigos no son iguales.
TOL. Ya lo creo. Los hay de todos colores. Es la clase más fecunda en variedades. Hay el amigo *déspota*, que se sirve de su amigo como de un criado. El amigo *chistoso*, que nos quiere mucho, pero que hace reir á todos á nuestra costa. El amigo *indiscreto*, que sin dañada intencion, cuenta á todos los hombres nuestras debilidades, y á todas las mujeres nuestros defectos; el amigo *pobre*, que nos fastidia con peticiones; el amigo *parásito*, que nos come vivos: el catálogo no tendria fin si fuésemos á incluir el que se lleva los libros de nuestro estante; el que nos toma el frac, que no devuelve, y el que petardea á nuestro nombre.
SIM. Y el amigo íntimo?
SIL. El amigo sincèro?
BÁR. Parece que á ese no le conoceis?
TOL. Si tal; he conocido dos *amigos verdaderos!* A la edad de quince años, ya el mayor sacó al otro de un rio, en el cual se hubiese ahogado sin su socorro. En otra ocasion el más jóven se batió en lugar del que le habia salvado la vida. Un año despues los dos amaban á la misma mujer, y ambos sacrificaron su pasion, cada cual por no causar la desgracia del otro. Separados entonces, los reunió la casualidad en Navarra, en los campos de batalla, sirviendo ambos en las filas de la Reina, de la libertad, de la patria!!! Ambos cogieron al mismo tiempo un cañon al enemigo... y ambos se achacaron mútuamente el mérito de tan valerosa accion, para cederse la cruz de San Fernando. Al fin murió el más jóven dejando un huérfano de ocho años, y su amigo le educó con tal cariño, que el niño continuó teniendo por su segundo padre el mismo afecto filial que tenia por el primero... Ese huérfano soy yo... La amistad de mis dos padres fué tan verdadera, que no puedo creer en las amistades de hoy dia.
SIM. Pero en la vida ordinaria, no se presentan ocasiones de coger un cañon, para ceder la cruz por haberle tomado.
SIL. (*Con su sonrisa siempre burlona.*) Ni se puede sacar del agua, á quien no se ha caido en el rio.
TOL. No exijo tanto!... Me contento con que un amigo no me tire al rio, ni me dispare un cañonazo á las piernas.
SIM. En exagerando las cosas!...
TOL. No hay exageracion que valga; la amistad para mí es cosa tan sagrada, que creo deberian exigirse pruebas, como para entrar en las órdenes militares; y antes... *de armar á un hombre nuestro amigo*, deberia probar que, al menos, no abusaria del arma sagrada que se le confia.
SIM. (*Siempre con su tono seco.*) Armar amigos!... Como armaron á don Quijote!... Ni don Quijote existió, ni amigos como los que soñais existe uno solo en la tierra.
TOL. Quién sabe! Tal vez se encuentre alguno... Quizá el mejor amigo es aquel á quien se le niega este título, y el cual, sin hablar una palabra, se identifica con vuestros intereses, como si fuesen los suyos, y los defiende, tal vez, mejor que los defenderiais vos mismo. He dicho. Caballeros, á la órden. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DICHOS, *menos* TOLOSANA: *despues* MORETON.

SIM. Este hombre tiene talento, mas no comprende....
BEN. Es buen sujeto, pero un tanto original. (*La patata de dalia, bastante grande, que Benigno habia sacado la primera vez, cae ahora en la escena, lanzada desde fuera, por la ventana.*)
BÁR. (*Asustada.*) Ay!...
SIM. Qué es esto?
BEN. (*Cogiéndola é incomodado.*) Un tubérculo de dalia, que me vuelve á arrojar mi molesto vecino Rompelanzas. Lo raro es, que él me le arroje ahora, cuando yo no se le he arrojado, por temor de que me cite ante el alcalde.
MOR. (*Sale con un gran cigarro en la boca, y coge la patata de dalia de la mano de Benigno.*) Aquí estás tú? (*Al tubérculo.*) Pues te creia muy léjos.
BEN. Explicaos.
MOR. Le habia arrojado al jardin del vecino, de quien te quejabas.
BEN. (*Amostazado.*) Para que me arme un pleito!...
MOR. Pleito?... Quisiera ver si se atrevia á eso. (*Arroja el tallo por la ventana.*)
BEN. (*Con temor.*) A la sala de su casa!
UNA VOZ. (*Afuera.*) Quereis no tirar porquerias á mi sala?
BEN. (*Con tono conciliador.*) Perdonad, señor Rompelanzas....
MOR. (*Cortándole la palabra, y poniéndose delante de él, á la ventana.*) Déjame responderle. (*Con voz aterradora.*) Silencio, mamarracho.
BEN. (*Aterrado.*) Qué dice este hombre?
VOZ. Allá va eso, y cuidado con volver á enviármelo! (*El tubérculo vuelve á entrar por la ventana, y, si es posible, que pegue á Benigno.*)
MOR. Ay!... ay!... Ese hombre, está mal con sus orejas.
BEN. (*Gritando.*) A la ventana. No he sido yo el que....
VOZ. Bien, bien, ya nos verémos, Juan Lanas. (*Se oye cerrar una ventana.*)
TODOS. Eh!
SIM. Qué ha dicho?
BEN. Que ya nos verémos.
SIL. Pero ha añadido....
BEN. Otra cosa que no he oido bien.
SIM. Me parece que ha dicho Juan.
SIL. Sí, Juan Lanas.
MOR. (*Retorciéndose los bigotes.*) El es quien viene por lana, pero volverá trasquilado. Hola! Con que te trata de Juan Lanas?
BEN. No lo creais.... habeis oido mal.
BÁR. No, don Benigno; todos han oido que ha dicho: *Juan Lanas.*
BEN. Y aun suponiendo que lo hubiese dicho...

ESCENA VIII.

DICHOS, LORENZO.

LOR. Señor, señor.
BEN. Qué?
LOR. Acabo de ver la zorra que nos deja sin gallinas.
BEN. Voy corriendo.... (*A los otros.*) Pronto vuelvo. (*Vase corriendo con Lorenzo.*)

ESCENA IX.

SIMON, SILVESTRE, MORETON, BÁRBARA.

MOR. No debemos dejar esto asi; no sois de mi parecer? Le han insultado delante de nosotros....
SIL. Sus amigos íntimos....
SIM. (*Al sargento.*) Es verdad; no debemos permitirlo.
MOR. Es preciso que ese señor explique lo que ha querido decir.... y prontito, en caliente.... y si no se desdice, y retira sus palabras ofensivas....
SIL. Teneis mucha razon.
MOR. Si no pide perdon del agravio....
SIM. (*Heróicamente.*) Se batirá.... con Benigno.
MOR. Voy á casa del vecino; quién quiere acompañarme?
SIM. (*Empujando á Silvestre.*) El señor.
MOR. Zanjarémos el asunto.... militarmente. (*Vase con Silvestre. Al mismo tiempo sale Tolosana por la puerta izquierda del jardin.*)
BÁR. Por Dios, Silvestre mio; cuenta con lo que hablas; no vayas á comprometerte.... (*Vase tras ellos.*)
SIM. Por eso no quiero ir; porque me conozco, y con mi genio arrebatado, lo echaria todo á rodar...

ESCENA X.

SIMON, TOLOSANA.

TOL. (*Viendo marchar á los otros.*) A dónde van tan de prisa?
SIM. (El médico?... Aguarda un poco!) (*Alto y con intencion.*) A pesar de lo que dicen ciertas gentes, aún hay amigos en el dia.... Aún se encuentran Pílades con frac, y Orestes con levita. Lo cierto es, que si no estoy aquí, se echa tierra al negocio.... y á mí se me deberá el que Benigno deje su honor bien puesto... Yo no tomo cañones.... ni me tiro al rio.... pero pruebo mi buena amistad, cuando la ocasion se presenta. (*Vase.*)

ESCENA XI.

TOLOSANA, MAURICIO.

TOL. (*Solo.*) Qué habrán tramado contra el pobre Benigno?... Y mientras tanto, Mauricio.... Ah! aquí llega.
MAU. (*Saliendo.*) Me buscabas?
TOL. Por todas partes.
MAU. Estaba en el bosquecillo.
TOL. Con Cecilia?
MAU. Y con Eugenia.
TOL. (Menos malo; Eugenia me tranquiliza. Empecemos por una intimacion cortés.)
MAU. Tienes algo que decirme?
TOL. Y aún algos. (*Le coge ambas manos.*) Sabes lo que debias hacer?
MAU. Qué?
TOL. Hacer... tu maleta, y tomar las de Villadiego. Es decir, el convoy que va á marchar (*Mirando al reloj*) dentro de tres cuartos de hora.
MAU. A Madrid?
TOL. Por el pronto, y desde allí á Cádiz, y desde Cádiz á Marruecos.
MAU. Tanto deseas que me vaya?
TOL. (*Con energía.*) Sí, aunque fueras á la China ó al infierno.
MAU. Por qué?
TOL. Porque quisiera mejor verte en el Tajo, y no sabes nadar, que en esta casa, ocupado en seducir la mujer de un amigo y faltando á los deberes de hombre honrado.
MAU. Tolosana, esas palabras...
TOL. Son fuertes, pero expresan exactamente mi idea. Soy médico, y llamo las cosas por su nombre. (*Le coge una mano y le dice enternecido.*) Vamos, Mauricio, una buena resolucion y vete. Abriga buenos sentimientos tu corazon, pero una parte de él está gangrenada; ten ánimo para aplicar el fuego y cauterizarle. Qué diantre! Nadie se muere por eso; al contrario, sana; lo sé por experiencia.
MAU. Tú?
TOL. Yo mismo. Hace siete años tenia tu edad, y tambien me hice el héroe de novela con una mujer casada. . tambien tuve mi historia de la media naranja.
MAU. No comprendo.
TOL. Pues hombre, no sabes que todos emplean los argumentos que yo llamo de la media naranja, porque toda su lógica se reasume en la leyenda siguiente?
MAU. (*En tono burlon.*) Oigamos la leyenda.
TOL. Al principio, el hombre y la mujer eran especie de naranjos: hay muchos que todavía continúan siéndolo, y ambos reunidos formaban un solo fruto, como por ejemplo la naranja. (*Lo indica con ambas manos huecas y juntas.*) Brahma, el dios más importante que adoran los indios, un dia, que no tenia otra cosa que hacer, se le ocurrió partir por medio todos los frutos, el hombre por un lado, la mujer por otro: (*Separa las manos como las dos mitades.*) y mezcló los medios frutos en un cesto.
MAU. (*Burlándose.*) Seria muy grande.
TOL. Figúrate! «Hijos mios, les dijo Brahma, ahora es preciso tratar de reconoceros, pues mi paraíso está reservado para los que encuentren en el monton su correspondiente mitad.» La cosa no era fácil; y desde entonces, cada uno de nosotros, no siendo más que la mitad de su todo, siente un cierto vacío á su lado: se toca, se palpa... (*Lo hace él.*) le falta su mitad, la busca entre la multitud; en paseos, en teatros, en bailes... quiero decir, en el cesto... Es aquella? No: debe ser esta otra. Da un paso, la media naranja femenina da otro.., se acercan... se unen por fin! Esta union es el matrimonio. Pero ay! Muchas veces conocen, despues de unidos, que no se convienen; es decir, que las dos mitades no se acoplan bien, lo cual les prueba que se han equivocado. Pero tarde!
MAU. Y entonces?
TOL. Entonces... se presenta por allí una media naranja... (*Con intencion.*) un naranjo soltero, que se aprovecha del disgusto que siente la dama por haberse equivocado, y se echa á sus piés exclamando: —Qué desgraciada sois! Pues si vuestro marido no es la mitad que os faltaba!... Vuestra mitad soy yo; y es una desgracia no haberos encontrado á tiempo.—Será posible! dice ella. —Positivo, replica él. Probemos á unir nuestros corazones...
MAU. Y la moralidad de la fábula?
TOL. La in-moralidad de la fábula es, que estas dos mitades se acoplan aún mucho peor que las otras.
MAU. Bien se ve que nunca has amado!
TOL. Y tú, gandul! Crees amar?

MAU. Con que no amo?

TOL. (*Se sienta en la silla junto al piano.*) Mauricio, tienes veinte y seis años, no te ocupas de nada; te fastidias; se presenta una aventura que lisonjea tu amor propio .. y la aceptas.

MAU. (*Con fuego.*) Te digo que la amo, que la adoro como un loco!

TOL. (*Con seriedad.*) Desgraciado!...

MAU. (*Continuando.*) Déjame hablar, déjame defender mi causa, la del corazon y la juventud. Crees que te escucho, ni puedo escucharte? Y aún cuando tratára de rendirme á la fuerza de tus razones, no subyugaria el corazon á la voluntad?... La adoro... la idolatro...

TOL. (*Que le ha escuchado friamente, indicando de cuando en cuando con el dedo en la frente, que Mauricio está medio loco.*) Yo amo... tú no amas... ella ama... Comprendo la conjugacion de los verbos: pero y la probidad, malvado?

MAU. (*Con sonrisa irónica.*) Sé que no está bien hecho lo que hago, que haria mejor en marcharme... Pero esas cosas se aconsejan fácilmente... Soy dueño de dominar mi amor, cuando él es quien me domina?...

TOL. Aquí tenemos otro Antony! Y luego dicen que estas pasiones sólo se ven en las comedias! Y el marido? Y tu amigo?

MAU. No soy su amigo, supuesto que me roba su corazon.

TOL. (*Con seriedad cómica.*) Te pido mil perdones... Lo he comprendido mal! .. Desde el momento en que Cecilia es su mujer, D. Benigno es quien te la usurpa... Canalla de D. Benigno!... (*Gritando.*) Muera D. Benigno!

MAU. (*A quien la pasion alucina.*) No es momento de chanzas, Tolosana!

TOL. En fin, has dicho cuanto tenias que decir?

MAU. Sí.

TOL. Y no piensas marcharte?

MAU. No.

TOL. Entonces, te declaro la guerra; y te prevengo, que desde ahora soy aliado del marido. (*Va á irse.*)

MAU. Vas á decirle lo que pasa?

TOL. Eso seria indigno de mí. Haciéndote traicion, le haria daño á él... Nada de eso... Mi guerra será de guerrillas. Me alisto como voluntario, y Benigno no sabrá que sirvo bajo su bandera. En el momento en que menos se me espere, desembarcaré en una costa, apareceré en la cumbre de una montaña.. y con mi carabina cargada, evitaré matarte, pero te dispararé á las piernas para evitar que mates á los otros.

MAU. Acepto la guerra. Pero cuento con tu palabra, y no temo traicion.

TOL. Te la he dado, y nunca falto á ella. (*Se estrechan la mano.*) Ahora vete á tus negocios, y yo á los mios.

MAU. Aquí viene Cecilia; soy buen jugador, y te cedo la primer partida... pero me reservo el desquite. (*Vase por el foro.*)

ESCENA XII.

TOLOSANA *solo*, *despues* CECILIA.

TOL. Es todo lo que deseo. En el estado de exaltacion en que se encuentra, de seguro se lanza á hacer una declaracion... si fuese bien acogida, estábamos perdidos... Luego es preciso, á todo trance, impedir que la declaracion tenga lugar. De qué medio podria valerme, sin que la dama sospechase nada?... (*Con la mano en la frente, como discurriendo.*) Ah! excelente idea! Ya está aquí... Empecemos el papel. (*Saca del bolsillo la cartera ó libro de memorias de que ya se sirvió anteriormente, le abre, y aparenta consultar notas y observaciones escritas, y despues escribe otras. Cecilia sale ahora, ve á Tolosana, y se dirige hácia él.*)

CEC. Doctor... (*Él está ocupado.*) Señor Tolosana...

TOL. Quién? (*Se vuelve y saluda.*) Ah, perdonad, señora. No os habia oido. Escribia...

CEC. Alguna receta?...

TOL. Precisamente.

CEC. Para Mauricio?

TOL. Para él.

CEC. (*Con inquietud, que procura ocultar.*) Debeis estar satisfecho de vuestra curacion, porque creo que Mauricio está casi bueno.

TOL. Con efecto, sigue mejor.

CEC. Tiene buena cara!

TOL. Sí tal... la cara... (Bandido!...) es buena... el color despejado...

CEC. No hay ningun peligro, eh!

TOL. (*Con intencion.*) Estando yo aquí, ninguno! (*Pausa y variando de tono.*) Es decir, aquí le indico el régimen que debe seguir para completar la cura y evitar recaidas.

CEC. (*Tomando el papel.*) Ya le diré que no se aparte de vuestras instrucciones.

TOL. Eso queria encargaros; que no le falten vuestros amistosos cuidados, porque jóven y sin familia, entregado, puede decirse, á sí mismo... Si pudiera quedarse en esta casa donde la vida es tan quieta y arreglada!

CEC. Decis bien! Es preciso que se quede.

TOL. Me tranquilizais, señora: porque mi temor era que volviese á Madrid, á empezar de nuevo la vida de disipacion, y que una pasion amorosa...

CEC. (*Vivamente.*) Una pasion!

TOL. (*Baja la voz despues de haber mirado si están solos.*) Os lo diré... en confianza. Lo único que me aqueja, lo que solamente temo en él...

CEC. El qué?

TOL. (*A media voz.*) La exaltacion del ánimo... la calentura del alma... el amor, en fin.

CEC. Ah!!...

TOL. En su estado?... Jesus! Dios nos libre!!...

CEC. No me habiais tranquilizado...

TOL. Sí, de su enfermedad aguda, está curado. Mas acabo de auscultarle... ya sabeis?... (*Indica con el movimiento la auscultacion, que consiste en poner una mano extendida sobre el pecho y pegar encima con los dedos de la otra.*)

CEC. (*Sobresaltada.*) Acabad.

TOL. Está enfermo del corazon.

CEC. Dios mio!

TOL. Tranquilizaos, aneurisma incipiente... Con ella puede vivirse ochenta, noventa años.

CEC. (*Tranquilizada.*) Entonces!...

TOL. Y llegar al siglo; á condicion de evitar las emociones vivas. Figuraos que ya tuve otro enfermo igual. Se enamoró; y en el momento de declarar su amor... Pum!... cayó muerto á los piés de su amada.

CEC. Qué decís?

TOL. Mirad; (*La enseña la mano.*) aún se me pone la carne como de gallina, con sólo recordar aquella catástrofe.

CEC. Es horroroso!... Con que si se exalta al hablar de amor... ó si hace una declaracion?...

TOL. Hombre al agua. Qué quereis? Cada uno tiene su achaque. Si no hubiera tantos enfermos, de qué habian de vivir los médicos?

CEC. A su edad!... Verdad es, que sus amores fuéron desgraciados, y él, ya no quiere amar...

TOL. Entonces, vivirá cien años.

CEC. (*Interrumpiendo.*) No quiere amar... mas á veces se ama sin querer... y tal vez no amaria; pero cuando le

digan que no puede amar... *nunca!... nunca*, es muy largo; y tal vez la misma prohibicion, le dé ganas de amar...

TOL. Puede hacerlo, pero es preciso que no lo diga.

CEC. Entonces, no vale la pena.

TOL. Se acostumbrará. A todo se acostumbra el hombre.

CEC. Sin embargo, un amor platónico, ideal, el amor de dos almas que se comprenden... es tan dulce, tan hermoso... Es... poco más que amistad... y ese no puede serle mortal.

TOL. (*Vivamente.*) La pasion contenida?... Mil veces peor, señora. Un veneno más cruel que el ácido prúsico... Recordad mi enfermo .. No hizo más que echarse á los piés de su amada, decirla: «yo te amo.» (*Variando de tono.*) y desde allí al cementerio.

CEC. (*Desesperada.*) Entonces, qué quereis?

TOL. Como no me fio de él, lo pongo bajo vuestra tutela, confiándoos la mision de salvarle. Os le confio á vos, su amiga, su hermana, su ángel protector: y si veis que alguna mujer hace latir de amor su corazon... aneurismático... estareis á su lado para tenderle la mano y decirle: «alto ahí, amistad, en buen hora, porque es la salud, la vida; pero amor, cepos quedos .. nunca, porque es la muerte.» (*Pausa; ella mira al suelo; él continúa.*) Y así, dentro de diez, veinte, treinta años podrá besar aún vuestra mano, (*La besa el médico.*) y exclamar: «Ella es la que me ha salvado!» Con vuestro permiso me retiro. (Intrigantuelo! Verémos cómo tomas el desquite. Te receto treinta años de amistad... y ella ya que tiene veinte y seis... Para entonces te permito que la quieras. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

CECILIA, *despues* MAURICIO.

CEC. (*Sola.*) Este médico es un majadero! No se deshaucia de ese modo á un enfermo... Cuando no tiene cura no se le dice á él mismo... qué lástima! Tan jóven, y con una enfermedad tan peligrosa! Aquí viene. Felizmente estoy á su lado para impedirle que haga locuras.

MAU. (Ya se fué Tolosana. Qué le habrá dicho?)

CEC. (*Delante del piano, volviéndole la espalda, hojeando música, y mirándole de reojo.*) Examinándole despacio, se conoce que está malo.

MAU. (Véamos cómo me recibe. (*Tose.*)

CEC. (*Volviéndose.*) Estabais ahí, amigo mio?

MAU. (Amigo suyo?... Esto marcha.) (*Alto.*) Os creia en el jardin.

CEC. No; hablaba con el señor Tolosana.

MAU. (*Mirándola fijamente.*) Ah!

CEC. El cual me ha recomendado, os cuide con esmero, y que vele por vos.

MAU. Señora!... (Si le habrá dicho que estoy loco?)

CEC. Os prevengo que voy á ser muy severa.

MAU. Sí?

CEC. Por el pronto, os prohibo volver á Madrid, ni salir de esta casa.

MAU. (*Cada vez más admirado.*) Y es el médico quien os aconseja?...

CEC. El mismo.

MAU. (Si comprendo una palabra!...) (*Alto.*) Con que es decir...

CEC. (*Se sienta sobre el taburete, y le hace señas de que se siente tambien.*) Que me habeis prometido una amistad formal, y que debeis obedecerme, en todo. Dadme vuestra mano. (*Él se la alarga, sin comprender lo que esto significa.*) No es verdad que os dejareis guiar por mí, mostrándoos obediente y sumiso?

MAU. Estais cierta que es el médico... Tolosana... quién ha dicho?...

CEC. Que os quedeis en esta casa; que paseeis en el jardin muy despacito, sin fatigaros.

MAU. Que permanezca en esta casa?...

CEC. Es el régimen que os ha dispuesto.

MAU. Pues es preciso seguirle! Muchos no se curan por desobedecer al médico. Este es un hombre de genio, capaz de volver la vida á un muerto. Qué feliz seré, si os debo mi curacion!

CEC. (Dios mio! Ya se exalta!)

MAU. (*Levantándose y apartando la silla bruscamente.*) Si estuviese aquí, lo estrechaba entre mis brazos.

CEC. No hableis con tanto entusiasmo. Las emociones os están prohibidas. Vamos, volveos á sentar; la tranquilidad no os hará mal.

MAU. (Qué significa!...) (*Cecilia le coge por los brazos para obligarle á que se siente.*)

CEC. Ahí. Quietecito. (*Cecilia va á coger del cesto de labor, que está sobre el piano, un ovillo de lana, que se pone á devanar sentada en el sillon.*)

MAU. Os obedezco... y obedeceros es lo que me hace dichoso.

CEC. Y no se os harán largas las horas que paseis á mi lado?

MAU. Cada hora me parecerá un instante.

CEC. Cuán hermosa es la amistad; no es cierto?

MAU. La amistad!... Yo no puedo ser vuestro amigo. Es un ridículo engaño, indigno de vos y de mí... que abrasa nuestros corazones y nuestros labios. El fuego de nuestras palabras, no es amistad, es amor ardiente...

CEC. (*Levantándose, aparte.*) Dios mio! (*Alto.*) Y sois vos quien profiere tan extraño lenguaje! A mí, á la esposa de vuestro amigo!

MAU. (*Exaltado.*) Dejad al menos que salga de mis labios esta palabra que abrasa mi corazon... y aún cuando me costase la vida...

CEC. (*Con dignidad.*) Basta, caballero; conozco mis deberes, y os suplico me eviteis el disgusto que me causa vuestra presencia! (*Yéndose.*)

MAU. (*Queriendo detenerla.*) Señora...

CEC. (*Rechazándole.*) Dejadme, dejadme. (*Vase, y Mauricio cae anonadado en un sillon.*)

ACTO TERCERO.

Sala.—Balcon en el foro.—A la izquierda, en primer término, puerta que comunica con el cuarto de Mauricio, y que se cierra con cerrojo. Inmediato á esta puerta, velador, sillon y silla; y en el ángulo del segundo término, la puerta de entrada.—A la derecha, en el ángulo del segundo término, una puerta abierta sobre una escalera que baja al jardin.—En primer término la puerta de la alcoba de Cecilia.—Entre las dos puertas, consola y cordon de campanilla.—Sofá dando frente al público.

ESCENA PRIMERA.

BENIGNO, LORENZO.

BEN. (*Saliendo por el foro, seguido de Lorenzo.*) Con que dices que la zorra se ha comido otra gallina?

LOR. No señor: digo que se las ha comido todas, y que sólo queda una.

BEN. Maldito animal! Y pensar que paso el tiempo en tenderle lazos aquí y allá... Me pongo á comer, y apenas me levanto de la mesa, cuando me dicen que sólo queda una gallina... Se la habrá reservado para cenar esta noche.

LOR. Más valia que me la cenase yo.

BEN. La darémos una batida. (*A Lorenzo.*) Ves á ponerte en acecho, y avísame cuanto observes.

LOR. Está bien, señor. (*Vase por el foro á la derecha, y don Silvestre llega por el foro izquierda.*)

ESCENA II.

BENIGNO, SILVESTRE, BÁRBARA.

BEN. Tengo unas ganas de atraparla! Ah, eres tú?
SIL. Pues no querias hablarme?
BEN. Sí; tengo una cosa importante que decirte, y no quiero que nos oigan. (*Sale doña Bárbara; don Benigno la ve y la saluda.*)
SIL. Como todos esos señores se quedaban fumando, y mi mujer no está tan aguerrida como la tuya al humo del cigarro, ha venido conmigo.
BEN. Tu mujer no está de más.
SIL. Pues de qué se trata?
BEN. De un servicio...
SIL. Que vas á hacerme?
BEN. Que voy á pedirte. (*Movimiento de Silvestre.*) Te admiras? Ya se ve, no estás acostumbrado!
SIL. Es una indirecta para echarme en cara los favores que me haces?
BEN. No he dicho eso.
SIL. No lo has dicho, pero tal vez lo piensas. Quizá te dices para tus adentros, que he abusado...
BEN. No, hombre; jamás me acuerdo de los servicios que hago á mis amigos.
BÁR. (*Con sequedad.*) Pues nosotros no los olvidamos; pero es extraño que un hombre de delicadeza venga á sacarnos los colores á la cara... (*Va á sentarse junto al velador.*)
SIL. Y si desgraciadamente no somos tan ricos como tú...
BEN. No parece sino que tratais de buscarme camorra! Vaya unas susceptibilidades exquisitas! No he tenido la menor intencion de ofenderos. Pero volvamos al asunto. Quieres hacerme el servicio que tengo que pedirte?
SIL. (*Secamente.*) Ya sabes que te estoy obligado, y que no puedo rehusarte nada.
BEN. Confio en tu buena amistad.
SIL. En fin, de qué se trata?
BEN. Pequeña cosa. Tengo un amigo jóven, por el cual me intereso vivamente: no es rico, ni tiene en qué ocuparse, y como la ociosidad es madre de todos los vicios, quisiera proporcionarle un empleo, que le diera para vivir.
SIL. (*Sentado en el sillon.*) Soy acaso ministro?
BEN. No, pero el hermano de tu mujer organiza una compañía para la compra de terrenos: recomienda mi protegido á tu cuñado; es muchacho inteligente y laborioso, y podria seros útil para la teneduría de libros. Con que así, tú le recomendarás, él obtendrá el empleo, y yo te doy desde luego las gracias.
SIL. Ya lo das por hecho?
BEN. Cuando te diga quién es...
SIL. No quiero conocerle, porque eso aumentaria el sentimiento que tengo de no poder concederte lo que deseas.
BEN. Cómo! Me niegas...
SIL. Te niego lo que me pides, porque me pides la única cosa que no puedo hacer.
BEN. Y por qué?
SIL. No me gusta pedir favores... para otros. Es una cuestion de principios: con que no insistas. Pregúntale á mi mujer, y ella te dirá, que en mi vida he recomendado á nadie.
BÁR. Jamás, á nadie.
SIL. (*Con ironía.*) Y si debiera hacer una excepcion, no seria en favor tuyo.
BEN. Gracias por la preferencia!
SIL. Eres mi amigo íntimo, y tengo contigo bastante franqueza para darte un no. Ahora, si fueras un sujeto de aquellos con quienes hay que gastar cumplidos....
BEN. Es decir, que la amistad te impide prestarme un servicio?
SIL. Por otra parte, en lo que deseas no entra por mucho la justicia. Tratas de que tu protegido haga carrera, tal vez con perjuicio de otros jóvenes...
BÁR. Más beneméritos que él
SIL. Tu peticion tiene todas las trazas de una intriga.
BÁR. Y pretendeis hacernos vuestros cómplices.
BEN. A que salimos ahora con que soy un canalla?
SIL. Eso no!
BEN. Afortunadamente! Mas me parece que te chanceas; porque si yo te hubiese dado excusas y pretextos, siempre que has necesitado de mi...
SIL. Ya pareció aquello!...
BÁR. Ya vuelve á sonrojarnos...
SIL. Sigue, hombre, sigue.
BÁR. Bastante desgracia es tener que recurrir á sus amigos!
BEN. Sobre todo, si son tan complacientes como tú.
SIL. Dime de una vez, que pretendes que te pague los servicios que me has hecho.
BÁR. Si hubiéramos podido creer, al aceptarlos, que vendiamos nuestra conciencia...
BEN. (*Que ha ido por grados aumentando su impaciencia.*) Vuestra conciencia, señora, y la de vuestro marido, no son buenas para vendidas, porque las pagarian muy baratas; os aconsejo que no las vendais; conservarlas donde no las dé el polvo, aún cuando hace cuarenta años, que de nada os sirven.
SIL. (*Picado.*) Esas palabras ofensivas...
BEN. (*Con mofa.*) Te las digo, porque eres mi amigo... mi amigo íntimo! Si fueses para mí una persona de cumplido, me mostraria político, cortesano, y te engañaria con frases lisonjeras; pero el interés que me inspiras me obliga á decirte la verdad desnuda. Si las verdades amargan, paciencia. (Chúpate esa!) (*Pasa á la izquierda.*

ESCENA III.

DICHOS, DON SIMON *sale por el fondo izquierda.*

SIM. (*Con misterio.*) Chist... silencio.
BEN. Qué hay?
SIM. (*En el umbral de la puerta.*) No está allí tu mujer?
BEN. No.
SIM. Bueno! (*A doña Bárbara.*) Perdonad, señora, si os suplico nos dejeis solos un instante con estos caballeros.
BEN. Qué caballeros?
BÁR. Ya os dejo. (*Vase por el foro derecha, acompañada hasta la puerta por Simon, el cual coloca en seguida dos sillas á la derecha delante del sofá.*)

ESCENA IV.

BENIGNO, SILVESTRE, SIMON, DON MARTIN, DON SERAPIO *y despues* MORETON.

BEN. Calle! Es el bueno de don Serapio! Dios mio! Qué cara tan fúnebre! Habeis perdido algun pariente?...
SER. (*Muy grave.*) Permitidme que os presente, así como á estos caballeros, al señor don Martin Calderon de Fuente Fria, que ha tenido la bondad de reunirse á mi.. (*Don Martin es una especie de caricatura, cara feroz, grandes bigotazos.*)
BEN. (*Saluda como embobado.*) Seais muy bien venido... (*Al acercarse á don Martin como para darle la mano, tropieza con Moreton, que trae una caja de pistolas en una mano, y un par de espadas en la otra.*) Qué significa esto?.... Qué especie de arsenal ambulante?....

MOR. Estos son los instrumentos.
BEN. Para qué?
MOR. Para romper la cabeza al vecino. (*Lo coloca todo sobre el sofá.*)
BEN. (*Sin comprender.*) A qué vecino?
SIM. Sí, hombre! Al que te arrojó la patata de dalia.
SIL. A Rompelanzas. (*Benigno los mira como embobado.*)
MOR. Nos hemos presentado en su casa...
SIM. (*Tranquilamente.*) Y hemos arreglado el asunto. Te bates con él.
BEN. Qué me bato!
SIL. Sí, es un desafío...
MOR. Los señores son sus padrinos.
BEN. (*Los mira con prevencion y miedo; Moreton le da un golpe en la espalda.*) Goloso! Estás rabiando por batirte?... Los recuerdos de Africa despiertan tu valor!
SIL. Ya ves que cuando se trata de hacerte un verdadero servicio...
BEN. (Y llama servicio á esto, el muy cafre.) (*Se dirige á los padrinos, Moreton le separa y le impide hablar.*)
MOR. Estáte quieto, y no te mezcles en nada. Esto no te incumbe ni interesa; no es asunto tuyo, sino nuestro, y vamos á arreglarlo.
BEN. (Con que van á disponer de mi pellejo, y dice que no es asunto mio!) (*Moreton hace seña de que tomen asiento á don Serapio y don Martin; Silvestre y Moreton permanecen en pié cerca del sofá: Simon se ha sentado en una silla.*)
SER. (*Muy redicho.*) Señores, este caballero (*Señalando á don Martin.*) y yo, no hubiésemos aceptado el delicado encargo que nos confia nuestro amigo, á no ser con la esperanza de impedir un desafío entre dos hombres de honor; y dignos de simpatías... (*Benigno, tranquilo con estas palabras, se sienta entre Simon y Moreton.*) Así tratarémos de dar á esta entrevista el carácter pacífico de una mision conciliadora.
BEN. (*Se levanta para darle la mano.*) Cierto es que todo puede arreglarse. (Qué bueno es este don Serapio.)
MOR. (*Le tira por el faldon para obligarle á sentarse.*) Deja hablar á tus padrinos.
SIL. Ante todo, necesitamos saber si estos señores están autorizados para explicar de una manera satisfactoria, el epíteto de «Juan Lanas,» con que el señor Rompelanzas ha obsequiado á nuestro amigo.
BEN. (*Quiere levantarse.*) Es inútil que... (*Simon y Silvestre le imponen silencio, mientras Moreton vuelve á tirarle del faldon.*)
SIM. Calla!...
SIL. Silencio! ..
SER. Nuestro amigo, tal vez con la ligereza, *promptus animus, promptior lingua*, ha dejado escapar de sus lábios un *Juan Lanas*...
SIL. Luego confesais el Juan Lanas?...
MAR. (*Despues de muchos aspavientos.*) Lo confesamos.
BEN. Qué Juan Lanas, ni Pedro Algodones! No veo en qué puede ofender...
SIM. (*Interrumpiéndole.*) La cosa es grave!
SIL. Gravísima.
MOR. Y sólo se lava con sangre.
BEN. (Ave María.) (*Alto.*) Protesto y digo...
MOR. (*Le tira del faldon con tal violencia, que le deja caer sobre la silla.*) Deja hablar á tus padrinos.
SER. No creo de tal gravedad un epíteto tan elástico...
SIM. Luego convenís en que es elástico!
SER. Juan Lanas, es un nombre vulgar, nombre familiar y de sainete, que...
SIL. Luego nos aplicais nombres de sainete? (*Benigno levanta el brazo y abre la boca para hablar; Simon le tapa la boca, y Moreton le baja el brazo.*)
SER. Señores, creo que he explicado de un modo satisfactorio... *ecce explicationem satisfactoriam*...
MAR. (*Despues de mucha pantomima.*) Y mucho que sí! Habeis hablado como un libro.
SER. Y para mejor expresarme...
MAR. Si es imposible que os expreseis mejor!
SER. Juan Lanas se aplica generalmente...
SIL. A todo hombre cuya mujer lleva los calzones, y que no contenta todavía...
SER. Tambien se aplica á aquellos cuyo carácter dulce y bondadoso forman la delicia de cuantos les tratan. (*Simon, Silvestre y Moreton se burlan.*)
SIM. Esa es grilla.
BEN. Decís bien, don Serapio, y os agradezco el interés con que habeis defendido mi causa. Con que, señores, este es asunto concluido, y no hay más que hablar.
MOR. (*Colocándose entre Serapio y Benigno.*) Tiene razon Benigno: no hablemos más, porque él no puede conformarse con semejantes explicaciones.
SIL. Y á menos que el señor Rompelanzas no quiera disculparse, reconociendo su falta...
SIM. Pidiendo perdon de su ofensa...
BEN. No tanto!
MOR. Déjanos en paz.
BEN. Si no exijo que reconozca su falta... Si no quiero que me pida perdon...
MOR. (*Interrumpiendo.*) Ya lo oís; nada quiere, nada pretende del otro... sino que salga al campo del honor.
MAR. Entonces, ahora entro yo; arreglemos las condiciones del desafío. Os dejamos la eleccion de armas.
MOR. (*A Benigno.*) Quieres la pistola?
BEN. No.
MOR. Prefieres la espada?
BEN. Tampoco.
SIM. La pistola á veinte pasos?
BEN. La espada á veinte pasos.
SIL. Os batireis mañana.
BEN. Ni mañana, ni pasado.
SIM. Ya lo oís. No quiere esperar á mañana. En seguida. Estas cosas en caliente.
MOR. (*A Serapio.*) A primera sangre.
BEN. (*Asustado.*) No me acomoda.
SIL. No le acomoda á primera sangre; prefiere á muerte.
SER. Por complacerle nos batirémos á muerte. (*Martin y Serapio se consultan.*)
BEN. (*A sus amigos, á media voz.*) Ya he dicho que no quiero batirme.
SIM. (*En voz baja.*) Ah! con que no quieres?...
BEN. Un duelo á muerte por una patata!
SIL. Habla más bajo!... Si te oyesen...
BEN. Que me oigan!... Sois tan valientes como el capitan Araña, pero el que se ha de batir conmigo, tendrá tan pocas ganas como yo. Voy á decirles...
MOR. Te lo prohibo.
SIL. Desautorizar á tus padrinos!...
SIM. Cubrir de ridículo á tus amigos!... Si no te bates por tí, debieras batirte al menos por nosotros.
SIL. Por no dejarnos mal.
MOR. Si no fueses nuestro amigo, pase.
BEN. (*Furioso.*) Con que quereis que mate al vecino, ó que él me saque un ojo en obsequio de vuestra amistad? Pues sea! Consiento en batirme con él; pero á condicion de batirme despues con todos vosotros.

ESCENA V.

DICHOS, TOLOSANA.

TOL. (*Que ha entrado á las últimas palabras.*) Eso está

muy bien; pero os falta un médico-cirujano, indispensable en todo desafío.

SIM. (*A sí mismo.*) A muerte!... Pobre Benigno!!

TOL. Si quereis aceptarme, estoy á vuestro servicio.

BEN. No hay necesidad de médico, pues le mataré yo solo. A él, y á cuantos se me presenten. Estoy rabioso!

TOL. (*Sin escucharle.*) Me permitireis que vaya á tomar la maleta? (*Hace que se va.*)

SIL. Maleta? Querreis decir el estuche de cirujía.

TOL. No, la maleta; porque supongo que vamos á Gibraltar.

SIM. Para qué?

TOL. Qué pregunta! Para que se batan en suelo inglés. Un desafío en España, es cosa muy séria... y si resulta muerte, el matador y los padrinos, todos á la cárcel.

SIM. Y SIL. (*Asustados.*) A la cárcel!

TOL. Como unos señores.

BEN. (*Encolerizado.*) Cárcel, presidio, todo lo arrostro... quiero batirme... necesito matar á alguno!

SIM. Decia bien; está rabioso!

SIL. Y si te mata él á tí?... (Preso!... Diantre!)

SIM. (*Tratando de convencer á Benigno.*) Es observacion muy juiciosa... (Diablo! No habia pensado en la cárcel!) (*Alto.*) Supon que tú eres el muerto... Que afliccion para tu mujer, tu hija... y para nosotros, tus buenos amigos...

MOR. Tratais ahora de acobardarle?... Gallinas!... (*Se dirige á Benigno.*)

SIM. Qué gallinas ni qué pichones! Vos estais acostumbrado á matar moros; pero el pobre, Benigno, (*Con dulzura.*) se debe á la sociedad...

SIL. (*Estrechándole la mano.*) A tu edad semejante calaverada!

SIM. Un padre de familia!

BEN. Segun eso, no debo batirme?

SIM. Bravo! Ya lo oís, no quiere batirse. Pueden retirarse los padrinos. Vámonos todos.

SIL. Se podria redactar acta de lo sucedido. Esa es la moda. A veces hasta los periódicos las insertan...

SIM. Y así sabe el secreto todo el mundo.

SER. Aquí traia el acta á prevencion.

TOL. Bien considerado, y como dijo un poeta:

«Satisfaga el honor acta sucinta:
»Mejor que gastar sangre es gastar tinta.»

MOR. (*A Simon.*) Con qué no se baten?

SIM. No señor.

MOR. Holgazanes! (*Retorciéndose el bigote.*)

TOL. (En lo que estriba la vida de un hombre! Oh civilizacion del siglo diez y nueve!)

BEN. Gracias, doctor! (*Todos firman el acta.*)

TOL. No hay de qué. Y Mauricio, está en su habitacion?

BEN. Sí, pero id por el otro lado, porque esa puerta (*Señalando la primera á la izquierda.*) que da á su cuarto, está condenada.

TOL. (Ya que evité que á este pobre diablo le dejen cojo ó manco, ocupémonos ahora de los dos enamorados... Este afan que siento en mí de salvar al prójimo, me hace sospechar que mi anterior existencia fué de perro de aguas. (*Vase por el foro.*)

ESCENA VI.

DICHOS, *menos* TOLOSANA.

SIL. (*Despues que ha firmado da la pluma al sargento.*) Firmad, señor Moreton.

BEN. (*A Simon.*) Va á firmar; así sabrémos su apellido.

MOR. (*Dice mientras firma.*) No sabia escribir cuando cai soldado; y como ascendí á sargento en una de las acciones que dimos en Africa, tuve que aprender allí, por exigirlo así la dignidad de mi empleo; á falta de maestro cristiano me enseñó un moro. Ya está.

BEN. (*Gozoso.*) Al fin sabré cómo se llama este amigo, á quien no conozco. (*Coge el papel.*) Tampoco! Ha firmado en árabe!!... (*Muestra el escrito al público.*)

MAR. Y SER. Señores, á la órden.

BEN. Pasadlo bien. Ah!... Muchas memorias al señor Rompelanzas. (*Vanse Martin y Serapio.*)

ESCENA VII.

BENIGNO, SIMON, SILVESTRE.

BEN. (*Limpiándose el sudor con un pañuelo.*) (Uf!... Lo primero es abrazar á mi mujer, por el riesgo que ha corrido de quedar viuda...) Dónde andará mi mujer?

SIL. Probablemente en el jardin, con el señor Mauricio. (*Con intencion.*)

BEN. Voy á buscarlos; venís vosotros?

SIM. (*Entre dientes.*) Yo... no.

BEN. Qué significa ese aire malicioso...

SIM. (*Fingiendo coger un alfiler del suelo.*) La cosa, sin embargo, no es tan extraña!

SIL. (*Jugando con la cadena del reloj.*) No se ve todos los dias.

BEN. Me falta la paciencia. Quereis explicarme?...

SIL. Pregunta á don Simon...

SIM. Que te lo diga don Silvestre...

BEN. Esto es demasiado!

SIL. Y si luego te enfadas?

SIM. O si crees que son chismes?...

SIL. Cuando sólo por tu interés...

SIM. Es un penoso deber de la amistad dar las malas noticias.

SIL. Si alguien te dijese... á quema ropa... tu mujer es un poco coqueta...

SIM. Pasea frecuentemente con Mauricio...

BEN. (*Con dolor y dignidad.*) Oh!!...

SIM. Ya ves; el que te dijese eso, te causaria un pesar.

BEN. Mi esposa!.... Mauricio!.... Y os atreveis?.... (*Van á interrumpirle.*) Callad, callad! Nunca hubiera creido que dos amigos á quienes recibo en mi casa, y á los cuales estrecho la mano, vinieran á decirme..... á suponer... (*Enternecido.*) Mi pobre Cecilia!.. (*Quieren hablar.*) No continueis, por Dios!.... no sabeis el mal que me habeis hecho! (*Pausa.*)

SIM. Si te sulfuras de ese modo, jamás me atreveré á decirte lo que he visto.

BEN. Al contrario; dilo todo; lo exijo.

SIM. Pues los he visto..... hablar con mucha intimidad, y mostrarse contrariados por mi presencia.

BEN. Y eso te hace concebir sospechas injuriosas! Ya estabas impaciente por venir á turbar mi paz, infundiéndome dudas sobre la mujer que amo! Si eso haceis vosotros..... mis amigos!!... qué harian mis enemigos? Empezasteis por encontrar mil defectos á esta casa, donde gozo las delicias de la familia; por un motivo fútil é insignificante me habeis expuesto á un lance con mi vecino, y como en él no he perdido la vida, venís ahora á quitármela asesinando mi honor!

SIL. Y si fuese cierto?

BEN. (*Con dignidad.*) Si fuese cierto, el deber de un verdadero amigo, era ocultármelo, y dejarme en mi error.

SIM. No hablemos más de ello.

BEN. Oh, sí; habiéndomelo dicho, no quiero dejar el honor de mi mujer, que es el mio, bajo el peso de semejante acusacion.

SIL. Y qué vas á hacer?

BEN. Lo ignoro..... además, en este momento tengo la cabeza trastornada, pero ya encontraré un medio de probaros su inocencia.

SIL. Ojalá!.... No deseamos otra cosa. Mira; lo mejor es pretextar un viaje. Finges recibir una carta relativa á un negocio de urgencia..... te vas de repente, y vuelves á media noche.

SIM. Excelente idea! Es una treta usada millones de veces, pero infalible siempre. Yo conocí un marido que quiso despejar su situacion. Se echó al correo una carta dirigida á sí mismo; la recibió cuando estaban comiendo..... Oh!.... Ah!.... Qué buena noticia, Tomasa..... su mujer se llamaba Tomasa; el nombre es feo, pero la mujer era muy bonita! Lee, Tomasa; verás que me dicen en esta carta, que mi deudor don Bruno acaba de llegar á Alcalá, despues de haber heredado. Antes de que se marche del pueblo, voy á atraparle, y no le suelto hasta que me pague mañana los 20.000 reales que me debe. Tomasa fingió entristecerse á la idea de una noche de separacion. El marido la ofreció emplear los 20.000 reales en comprarla joyas de casa de Samper..... esto la consoló un poco..... Al menos, dijo Tomasa, me permitirás que te acompañe á la diligencia..... Entonces no habia ferro-carril para Alcalá..... pero ya habia mujeres que..... en fin, dejó á su marido en la berlina de la diligencia. Al llegar á la venta del Espíritu-Santo, se apea, toma un coche, y regresa á Madrid á las siete de la noche. Entra en su casa con misterio; abre con una doble llave, la puerta del gabinete, y..... qué es lo que veo?

SIL. Calle!.... Luego erais vos el marido de Tomasa?

SIM. *(Cortado.)* Eh?.... Qué?.... Cómo?.... He dicho?.... *(Levantando sus manos al cielo.)* Pues bien.... sí, yo fuí el héroe de esa historia!

SIL. Finge un viaje, y si al volver encuentras sola á tu mujer, quedarás tranquilo.

BEN. Tan insidioso medio, repugna á la franqueza de mi carácter.....oh! no es posible! Cecilia no puede engañarme! Una mujer á quien adoro..... cuya felicidad me ocupa á todas horas..... y Mauricio..... un muchacho que he recogido en mi casa, y colmado de atenciones..... *(Inquieto.)* Si hubiese algo, ya lo habria yo notado: pero ni ella ni él manifiestan ese aire de inquietud que acompaña á las malas acciones..... no puede ser; vosotros no lo creeis tampoco! *(Pausa. Ellos se encogen de hombros; él los observa y dice aparte.)* Pero..... y si por desgracia lo fuese?.... *(Cae en el sofá.)* Dios mio! El pesar me mataria!

SIL. Silencio aquí viene tu mujer. *(Benigno se levanta, y trata de dominar su emocion.)*

ESCENA VIII.

DICHOS, CECILIA: *despues* TOLOSANA, EUGENIA *y* MAURICIO.

CEC. *(Saliendo con Eugenia.)* No bajais al jardin, antes que se haga de noche?

BEN. No, hablábamos..... deciamos.....

MAU. *(Sale con Tolosana que le da el brazo, y no quiere soltarle.)* Me soltarás al fin?.... Ya me fastidias!

TOL. Delante de la gente, te suelto. *(Van á la ventana y habla con Eugenia.)*

CEC. Y cuál era el asunto importante que os ocupaba?

SIL. Un negocio que obliga á Benigno á salir inmediatamente para Madrid.

CEC. Hoy mismo?

BEN. *(Con embarazo.)* Sí..... porque.....

SIL. *(Vivamente.)* Acaba de recibir una carta apremiante de Alcalá... ha llegado allí un heredero que le debe 20.000 reales... *(Aparte á Silvestre.)* (Eso es de mi tiempo... no se inventan tan buenos pretextos hoy dia.)

CEC. *(A Benigno.)* Pero podrias encargar á alguno...

SIM. Imposible, Tomasa... *(Conteniéndose.)* No, me equivoqué; quise decir que nadie hace tan bien sus asuntos como uno mismo.

BEN. *(Por lo bajo!)* Ya veis que no quiere que me marche.

SIM. (Lo mismo hacia Tomasa. Eso nada prueba.)

CEC. *(Dirigiéndose á ellos.)* Habeis acabado de deliberar?

BEN. Sí

CEC. Y enviás á un amigo?

BEN. No, voy en persona, y ahora mismo. *(Empieza á anochecer.)*

CEC. Tan tarde!

BEN. *(Afectando indiferencia.)* Me voy ahora, para volver mañana... un dia de ausencia! Además, la casa no ha de arder; queda en ella Silvestre, Simon... Mauricio... *(Va á él y le toma la mano.)* Cuidarás durante mi ausencia, Mauricio?

(Cecilia sube al foro y habla con Eugenia, que va á buscar al cuarto el paletó y la gorra de viaje de su padre.)

MAU. *(Cortado y tratando de evitar sus miradas.)* Marchad tranquilo...

BEN. (Su mano está helada.)

CEC. Te esperarémos mañana para almorzar?

BEN. *(Sin mirarla.)* Sí... esperadme. *(Va á irse.)*

CEC. Qué es eso! Te vas sin despedirte?

BEN. *(Vuelve.)* No... sino que... *(La da la mano con mucha frialdad, la mira fijamente, al fin la abraza con efusion, y dice aparte.)* (Su mirada angelical! Oh... no es posible!!)

CEC. Qué dices?

BEN. Nada.

EUG. Y á mí no me abrazas, papá?

BEN. Sí, hija mia. *(Benigno se echa sobre el brazo izquierdo el paletó que le da Lorenzo. Cecilia se pone el sombrero para ir á acompañar á su marido.)*

BEN. *(Se enjuga una lágrima á hurtadillas.)* (Dios mio! Soy buen marido, buen padre, qué más debo hacer para ser dichoso!)

SIL. *(Que observa su emocion.)* (Vamos, vamos pronto.)

TOL. *(Viniendo del balcon.)* Cómo, se marcha?

CEC. *(Cogiéndose del brazo de su marido.)* Te acompañaré hasta la estacion.

SIM. (Tomasa me acompañó hasta la diligencia.)

EUG. *(Poniéndose el sombrero.)* Yo voy tambien mamá.

BEN. *(Muy conmovido.)* Vamos. *(Vase Benigno dando el brazo á su mujer, Silvestre da el suyo á Eugenia.)*

SIM. *(Siguiéndoles.)* (Qué dichoso es Benigno en tener amigos como nosotros!)

ESCENA IX.

TOLOSANA *y* MAURICIO.

TOL. *(Siguiéndoles con la vista.)* (Se marcha y deja al otro aquí? No es posible.) *(Va al balcon como para verlos pasar.)*

MAU. *(Aprovechándose de que Tolosana no puede verle, se dirige con precaucion á la puerta de su cuarto, y descorre un pestillo.)* Descorramos el pestillo.

TOL. *(Vuelve al proscenio.)* Eh?

MAU. *(Haciéndose el distraido.)* No... nada. *(Con tono burlon.)* Buenas noches, señor doctor. *(Se marcha por el foro.)*

ESCENA X.

TOLOSANA, *despues* RAFAEL.

TOL. *(Siguiéndole con la vista.)* Ah!.. Ganas hasta ahora la partida, porque ese imbécil de marido me birla las mejores cartas! Estoy por renunciar, y allá se las compongan... *(Pausa.)* Pero no, voto á brios! Le salvaré á pesar suyo; *(Riendo.)* y á pesar de Mauricio. Cómo? No lo sé; y qué pretexto hallaré para quedarme?

RAF. *(Sale quejándose.)* Ay!.. Ay!.. Ay!..

TOL. (Qué tiene este muchacho?)

RAF. Ay!.. Señor doctor... yo estoy muy malo.

TOL. *(Mirándole.)* Eso no es nada.

RAF. *(Tambaleándose.)* Sí tal, es mucho; todo da vueltas; se me va la cabeza.

TOL. *(Mirándole fijamente.)* Habeis fumado...

RAF. Nada más que un cigarro. Ay! me voy á morir.

TOL. Todavía no. (*El chico se sienta medio desmayado, Tolosana le da golpes en las manos.*)
RAF. Si me diesen un poco de agua...
TOL. (*Llamando.*) Hola!.. Un vaso de agua.
JUA. (*Entra con una lámpara que pone sobre la consola; la lámpara tiene pantalla, y el teatro ha de ponerse á media luz.*) Un vaso de agua! Dios mio! Qué tiene? Está enfermo? (*Se dirige á cuidar al chico que está en el sofá.*)
TOL. Dadle á beber agua, y salpicadle la cara con la que quede en el vaso. Despues dejarle que pase la noche tranquilo en el sofá (*Como inspirado de una idea, dice aparte.*) Ay! qué feliz idea! ya encontré pretexto para quedarme; soplo al chico en la cama; le cuido, le velo toda la noche, sin desnudarme, sin salir un momento de la casa, y estamos salvados. (*Señalando á Rafael.*) Es preciso que la indigestion de este pollo, no dure más que veinte minutos. (*Coge en brazos á Rafael como si fuera una pluma.*) Ea, en marcha, jóven imberbe, que no tenemos tiempo que perder.
RAF. (*Suspirando en sus brazos.*) Ay! Ay!..
TOL. Oh! Providencia! Todos los medios son buenos para salvar la virtud, y tú me has inspirado uno famoso! (*Se lleva al muchacho en brazos y se va corriendo.*)
JUA. (*Sola.*) Se emborracha con un cigarro, vaya un hombre!

ESCENA XI.

CECILIA, EUGENIA *y* JUANITA.

EUG. (*Sale por la puerta del jardin, seguida de Cecilia.*) Hénos aquí.
JUA. Ya?
EUG. Sí, papá no ha querido que le acompañásemos más que hasta la verja del jardin: voy á acostarme, porque estoy cansada.
CEC. (*Cerrando las dos hojas de la puerta.*) Dónde está la llave, Juanita?
JUA. No sé, señora; el amo es quien suele tenerla.
EUG. Buenas noches, mamá.
CEC. (*Besándola.*) Buenas noches, querida. Juanita, acompaña á su cuarto á la señorita.
EUG. Oh, no es menester; hasta mañana. (*Vase por la izquierda, segundo término.*)

ESCENA XII.

JUANITA *y* CECILIA.

JUA. La señora va á acostarse tambien?
CEC. Sí.
JUA. Voy á cerrar el balcon. Qué hermosa noche de luna!
CEC. No le cierres del todo; quiero respirar el ambiente perfumado de las flores. (*Juanita deja abierta una hoja del balcon, Cecilia, aparte, pensativa.*) (Con qué aire tan sombrío se ha despedido Benigno de mí! Sospechará acaso? Oh! no es posible! Pero, y si sospechase?...)
JUA. Si la señora permanece en esta sala, se va á quedar dormida en el sillon como ayer!
CEC. (*En el sillon.*) Hace tanto calor en mi cuarto... y ese fresco me hace tanto bien!
JUA. Entonces, voy á cerrar las persianas. (*Entra á la derecha.*)
CEC. (*Sola.*) Es tan bueno mi esposo! Tan afectuoso... Oh! el mejor de los maridos! Qué me falta para ser dichosa?
JUA. No me necesita la señora para nada?
CEC. (*Con los ojos cerrados.*) No.
JUA. Entonces, buenas noches, y hasta mañana. (*Se va por el foro, á la izquierda.*)

ESCENA XIII.

CECILIA Y MAURICIO.

(*Así que Juanita ha cerrado la puerta, Mauricio abre la suya. Sale dejándola abierta; se dirige con precaucion á la de entrada, la cierra con llave y la mete en el bolsillo.*)
CEC. (*Al ruido de la llave.*) Eres tú, Juanita? Qué haces ahí todavía?
MAU. (*A media voz.*) Chist... silencio!
CEC. (*Levantándose asustada.*) Ah!
MAU. Soy yo.
CEC. Mauricio!
MAU. He entrado por esta puerta y nadie me ha visto.
CEC. Vos aquí!
MAU. No tengo que dar más que un paso y estoy en mi cuarto; no teneis por qué temer. (*Suplicándola.*) Todos duermen... estamos solos... libres... nada ni nadie puede apagar el amor de mis ojos, ni ahogarle en mis labios!
CEC. (*Separada de él por el sofá.*) Consiento en perdonaros, porque considero esta accion como una niñada... Ya que me habeis visto y hablado... retiraos á vuestro cuarto.
MAU. (*Dando un paso hácia ella.*) Escuchadme, por piedad!... Tengo tantas cosas que deciros!
CEC. No debo... no quiero oirlas... Os suplico que os vayais.
MAU. No me despidais aún... permitidme que os diga de rodillas... (*Cae de rodillas.*)
CEC. Dios mio!... Si viniese alguno y nos sorprendiera!...
MAU. No es posible! Sólo los dos velamos! Permitidme que os diga cuánto os amo!
CEC. (*Que va huyendo de él, que quiere tomarla una mano.*) Creeis amarme cuando sólo intentais mi desgracia, mi deshonra!... Sabed, pues, que os aborrezco.
MAU. Ese lenguaje...
CEC. Expresa los sentimientos de mi alma, porque me haceis comprender lo culpable que habeis sido.
MAU. (*Adelantándose á ella con ternura.*) Culpable, por qué os amo!
CEC. Es falso! Dejadme; no teneis derecho de permanecer aquí... Qué haceis á estas horas en mi habitacion? Qué haceis en la casa de mi marido y vuestro amigo? Me habeis sorprendido sin defensa, pretendiendo alucinarme con palabras cariñosas, á las que doy el desprecio que se merecen. (*Mauricio va á acercarse y Cecilia retrocede.*) No os acerqueis, me causais horror!
MAU. Cecilia!
CEC. Tal vez he sido frívola y coqueta con vos; bastante me arrepiento; pero ser vuestra querida!... jamás!
MAU. Pues qué sereis entonces?
CEC. (*Con energía, señalando á la puerta.*) Vuestra implacable enemiga, si no salís de este cuarto inmediatamente.
MAU. Salir! Primero la muerte.
CEC. (*Separando la mano que Mauricio quiere cogerla.*) Chist... silencio!...
MAU. Qué hay?
CEC. (*Aplicando el oido, y á media voz.*) He sentido pasos debajo del balcon.
MAU. No puede ser.
CEC. Sí, estoy segura de ello; (*Mirando.*) allí hay una sombra que nos observa.
MAU. (*Encolerizado.*) Quién será el atrevido... (*Sale al balcon y Cecilia con la rapidez del rayo le cierra con la fallefa, dejando fuera á Mauricio.*)
CEC. (*Respirando.*) Ah! estoy salvada. (*Con las manos juntas.*) Dios mio, perdonadme, pues habeis visto cómo

me he defendido. (*Cae en un sillon. Se oye el ruido de una llave en la cerradura de la puerta del jardin; Cecilia se levanta sobresaltada.*) Quién puede ser á estas horas?

ESCENA XIV.

CECILIA, BENIGNO, SIMON y SILVESTRE.

BEN. (*Sale sobresaltado, y de repente se tranquiliza.*) Está sola!

CEC. (*Sorprendida.*) Benigno!

BEN. Yo mismo. (*Con satisfaccion á los otros.*) Señores, podeis pasar adelante. (*A Cecilia.*) Voy á decirte... he vuelto tan pronto, porque...

SIM. Porque llegó tarde, y el tren habia marchado.

CEC. Ah!

BEN. Sin duda no me esperabas? (*La abraza.*) (Cómo late su corazon.)

CEC. La sorpresa... la alegría...

BEN. (*Tratando de contener sus lágrimas.*) Tambien la mia es inmensa. No sabes cuánto te amo!

SIL. (*Con intencion.*) Esa puerta está abierta!

BEN. (*Inmutado.*) Verdad es, no habia reparado... quién la ha abierto?

ESCENA XV.

Dichos, TOLOSANA.

TOL. (*Saliendo del cuarto de Mauricio, y en voz baja.*) Chist... no metais ruido.

BEN. (*Sorprendido.*) El médico!

TOL. (*Siempre á media voz.*) Hola! don Benigno; habeis llegado tarde al ferro-carril? Ya me lo pensaba.

BEN. Qué significa?..

TOL. Chist... no hableis tan alto. Ahora empieza á dormirse.

BEN. Quién?

TOL. Rafael.

SIM. Mi hijo?

TOL. Un cigarrillo que os escamoteó de la petaca, le ha emborrachado.

SIM. Un cigarro! Mi hijo que es un ángel!

TOL. Un ángel que fuma!.. Yo iba á marcharme, cuando le veo llegar pálido y tambaleándose... le doy dos glóbulos... de nicotina, que equivalen á otro cigarro... *cigarria cigarribus curantur*, cinco minutos despues ya estaba tranquilo. Abro la puerta del cuarto de Mauricio, cojo en mis brazos (*Mirando á Simon.*) al ángel fumador, y le meto en la cama. Mauricio ha ido en busca vuestra (*A don Simon.*) para tranquilizaros.

BEN. (*A Simon y Silvestre.*) Espero que estareis convencidos; jamás dudé de ella. Tuve un momento de sorpresa, pero no de inquietud. (*Bajando al proscenio.*) (Sin embargo, respiro con mas libertad.)

CEC. (*Aparte á Tolosana.*) Sois un hombre de honor! Cuánto os debo! (*Cecilia, desfallecida por tan diferentes emociones, palidece y cae en el sillon.*)

BEN. (*Sobresaltado.*) Qué es eso? Qué tienes?

TOL. No es nada. Vuestra esposa se asustó de ver así á Rafael, y ahora la reaccion, el calor de este cuarto...

BEN. Si se abriese el balcon...

CEC. (*Apretando el brazo á Tolosana.*) Cielos?

TOL. (*Comprendiendo, y á media voz.*) Está allí?

CEC. (*Lo mismo.*) Sí.

TOL. Diantre! (*Alto para distraer á Benigno.*) Vuestra mujer es muy nerviosa, pero con el olor de este frasquito, que la harémos respirar... (*Mientras don Benigno vuelve desde el balcon hácia su mujer, Tolosana va hácia el balcon, y dice aparte.*) (Si ese loco está ahí, es preciso que salte por el balcon.) (*Alto.*) Qué infernal idea la de los tapones de cristal! (*Finge no poder destapar el frasco; don Benigno abre un poco el balcon y Tolosana para que no le abra enteramente, procura distraerle y le dice.*) Don Benigno, dadme una llave para hacer saltar el tapon de este frasquito. (*Don Benigno vuelve á bajar y le da una llave: una de las dos hojas del balcon se abre por sí sola, y Tolosana dice en voz alta y con intencion al hacer saltar el tapon con la llave.*) Salta, maldito! (*Salta el tapon.*)

BEN. Ya saltó

TOL. A Dios gracias! (*Devuelve la llave á Benigno, y va á hacer respirar el frasco á Cecilia.*) Podeis abrir ahora. (*Benigno abre el balcon y presta el oido.*)

SIL. Qué es eso?

BEN. Chist... callad.

TOL. Por qué?

BEN. Silencio.

CEC. (*Aterrorizada.*) (Le ha visto sin duda!..) (*Benigno sin decir nada se dirige á la puerta del jardin.*)

TOL. A dónde vais?

BEN. Al jardin, á asegurarme si es cierto lo que sospecho.

CEC. (*A Tolosana.*) Soy perdida!

TOL. (*Aparte á Cecilia.*) Prudencia!

SIL. En qué pararán estas misas?

SIM. (*Aparte á Silvestre.*) En lo que pararon las de Tomasa!

ACTO CUARTO.

El piano y el velador han desaparecido; en medio del teatro habrá una mesa con albums, periódicos, plumas, etc.: sillones á derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA.

EUGENIA y TOLOSANA.

EUG. Á nadie se ve en el jardin, ni por estas habitaciones; cuán poco se madruga hoy! (*Viendo á Tolosana.*) Gracias á Dios que veo á alguno!

TOL. (*Entra precipitado.*) Felices dias, Eugenia.

EUG. Qué le ha pasado, que trae el semblante tan descompuesto?

TOL. No he cerrado mis ojos en toda la noche. Dónde anda su padre de usted?

EUG. Aún no le he visto.

TOL. Y Mauricio?

EUG. No sé dónde estará. Pero qué tiene usted, que no hace más que ir y venir, sin que se digne fijar sus ojos en mí?

TOL. Yo? Nada... no podria usted saber por dónde andará su señor padre en este instante?

EUG. Por qué tanta impaciencia?

TOL. Porque estoy decidido á pedirle hoy mismo su mano de usted.

EUG. Mi mano! Y lo que le dije ayer?

TOL. Quién se ocupa de lo que ayer pasó?

EUG. Cree usted que es la ocasion oportuna?

TOL. Oportunísima! La más á propósito.

EUG. Confia usted en que mi mamá...

TOL. Respondo de ella.

EUG. Que dicha! Voy corriendo en busca de papá.

TOL. Encargo á usted mucha discrecion.

EUG. Pierda usted cuidado; ya sabe que soy discreta, cuando quiero

TOL. Verdad es! Hasta despues, señora de Tolosana.

EUG. (*Con malicia.*) A dios, señor de Eugenia. (*Vase por el jardin á la izquierda.*)

TOL. Hay nada más encantador que ese serafin con faldas! Cuánta bondad é inocencia respiran sus palabras! (*Viendo entrar á Cecilia.*) Gracias al cielo!

ESCENA II.

TOLOSANA y CECILIA.

CEC. Está usted solo?

TOL. Sí señora.
CEC. (*Sentándose á la izquierda.*) Ay, doctor, que desgraciada soy!
TOL. (*Tranquilizándola.*) Es preciso tener más valor.
CEC. Y mi marido?
TOL. Aún no le he visto... No volvió anoche?
CEC. Si no volvió? Quién?.. Mi marido!.. Tengo la cabeza perdida!.. No sé lo que oigo ni lo que me digo. Qué noche, cielo santo!
TOL. Ha ocurrido alguna cosa más?
CEC. No, nada!.. Volvió á las dos de la madrugada... al sentir que subia, me metí en la cama vestida como estaba, y fingí dormir... se acercó á mi, corrió las cortinillas del pabellon, y reprimí el aliento, á pesar de que el corazon se salia del pecho... Se quedó inmóvil mirándome, y yo no me atreví á abrir los ojos, sojuzgada por el terror... Se puso á pasear... abrió la ventana del jardin, en vez de acostarse, y permaneció así hasta la madrugada. Cuánto sufrí en todo este tiempo!.. Por último, al despuntar el alba se marchó, y aún no le he vuelto á ver... Oh! Necesito verle, y tiemblo encontrarme con él!
TOL. Tened más valor, señora.
CEC. Oh! Ya no puedo más! Veo que soy muy culpable, y que usted mismo llegará á despreciarme.
TOL. Despreciaros! Porque habeis sabido resistir las asechanzas de ese loco, que no ha tenido en cuenta ni vuestro estado ni los beneficios que ha recibido en esta casa?
CEC. Mi conducta no admite perdon, estando estimada é idolatrada de mi marido. El cielo es justo, mostrándose severo para conmigo, y alejando de mí toda esperanza de felicidad.
TOL. Se alarma usted sin motivo; yo no creo que su esposo haya podido comprender...
CEC. (*Sin hacerle caso.*) Quién pudo prevenirle?.. Sus amigos quizás!
TOL. Tal me lo presumo.
CEC. Villanos! (*Levantándose y yendo á la derecha.*) A mí, que estaba ciega, y que no veia, era á quien debieron prevenir. Creyeron que era la amante de ese hombre! (*A Tolosana que no responde.*) Y él, se pensaria tambien... por eso anoche, al contemplarme, diria para sí... mujer miserable!.. Y yo no lo adiviné! No me levanté del lecho gritando: mentira!.. Calumnia! No soy culpable, estoy inocente!
TOL. Quizás os hubiese respondido: gracias á mi vuelta.... gracias á que llegué á tiempo!
CEC. Acaso esperé su vuelta para encerrarle en el balcon? Hubo alguno que me ayudase? No lo hice yo sola, y espontáneamente?
TOL. Eso lo decís por defenderos.
CEC. Cómo! Acaso creeis?..
TOL. Lo que vuestro marido puede llegar á creer; que encerrasteis en el balcon á Mauricio, porque sentisteis pasos en la escalera.
CEC. (*Desesperada.*) Oh! En ese caso debo confesárselo todo.
TOL. (*Conteniéndola.*) Qué vais á hacer? Eso seria una locura.
CEC. Si soy culpable, aún puedo esperar me perdone.
TOL. No hagais tal cosa pues no os creerá.
CEC. Cómo que no?
TOL. Qué pruebas podeis darle?
CEC. (*Asustada.*) Pruebas?.. Oh! No puedo darle ninguna!.. Todo me condena!.. Es cierto, no me creerá!.. El cielo no es tan justo como pensaba! Me castiga con demasiado rigor! (*Cae en un sillon.*)
TOL. (*Viendo á Mauricio.*) Mauricio se acerca.
CEC. No quiero verle. (*Se levanta.*)
TOL. Es preciso que sepamos cuanto ha pasado, y si ha visto á don Benigno.
CEC. Desde allí podré escucharle. (*Vase al gabinete.*)
TOL. Por donde se acaba, debia empezarse casi siempre!

ESCENA III.

TOLOSANA, MAURICIO, CECILIA *escondida.*

MAU. (*Entra precipitadamente, mirando á todos lados, y con la mano derecha escondida en el gaban.*) Estás aquí! Te andaba buscando,
TOL. Y yo tambien. Qué hay? Te vió?
MAU. Lo ignoro, pero creo que no. Acababa de dar el salto mortal, por obedecer á tu insinuacion, cuando vi á don Benigno asomado al balcon. Permanecí escondido entre los rosales, y no bien vi que desapareció, cuando me deslicé y escondí entre las lilas, mientras él bajó, y empezó á mirar por todos lados. Al fin se fué, y yo logré huir al bosque, en donde he pasado la noche, haciendo mil reflexiones, á cual más sombrías cada una!
TOL. Afortunadamente, no habiéndote visto, no tiene motivos más que para sospechar... el cielo veló por todos.
MAU. Menos por mi mano; pues al dar el salto de veinte piés, medio me la he dislocado. (*Cecilia alza el cortinaje y observa.*)
TOL. Algun resentimiento ó relajacion.
MAU. Lo cierto es que no puedo moverla sin estremecerme de pies á cabeza. (*Tolosana se la examina y da un grito.*) Oh! me haces mucho daño! (*Se sienta en un sillon á la izquierda.*)
TOL. Bueno es que te quede un recuerdo; lo que siento es que no sea más.
MAU. Gracias por la caridad!
TOL. Si sospecha de tí, con mirarte la mano, se convence del todo.
MAU. Si es por eso, nada sabrá, aun cuando tenga que batirme con él. Lo peor no es eso.
TOL. Hay todavía alguna cosita más?
MAU. Al saltar, caí sobre unas macetas, y he destrozado las flores y las plantas.
TOL. Recogiste los despojos?
MAU. No estaba tan despacio; gracias á que pude esconderme.
TOL. Pero durante la noche...
MAU. No me atreví á volver, no me viese desde el balcon.
TOL. Ese incidente nos va á comprometer.
MAU. En cuanto vaya el jardinero á regar las flores, se apercibe de los destrozos.
CEC. (*Saliendo.*) Estoy perdida sin remedio!
MAU. Cecilia!
TOL. (*Tranquilizándola.*) No olvideis que estoy yo aquí; y que soy vuestro mejor amigo... Silencio, que viene Eugenia.

ESCENA IV.

Dichos y EUGENIA.

EUG. (*Abrazando á Cecilia.*) Buenos dias mamá! Aquí llega papá. (*Sorpresa general.*)
TOL. De veras?
EUG. Bastante me ha costado encontrarle; estaba paseándose en el sitio más solitario de la posesion... os prevengo que no viene de muy buen humor. (*Se va á mirar hácia el jardin.*)
CEC. No debo permanecer aquí.
TOL. No os movais de ese sitio. (*A Mauricio.*) Ni tú tampoco.
MAU. Por qué?
TOL. (Silencio!) (*A Eugenia.*) Con que decís que no está de buen humor?
EUG. (*Bajo.*) No creo sea este el momento más oportuno de pedirle mi mano.
TOL. Lo creeis así?.. Pues voy á aprovecharle.
EUG. Sí?.. Pues ahí os dejo.
TOL. Como gusteis. (*Mauricio va á mirar por el balcon;*

Cecilia se sienta en un sillon; Eugenia sale, y don Benigno se presenta en el fondo, recorriendo los periódicos.)

ESCENA V.

TOLOSANA, MAURICIO, CECILIA *y* DON BENIGNO.

TOL. (*Fingiendo seguir una conversacion.*) Con que preferís la música de Bellini á todas las demás?
CEC. Oh!.. Sí.
TOL. (*Volviéndose.*) Calla, don Benigno por aquí!
BEN. (*Preocupado.*) Buenos dias, amigo; cómo va?
TOL. Bien, gracias. (*Aparte á Cecilia.*) No se da por entendido; desconfiemos de él.
CEC. (Qué pálido está!)
BEN. (*Dándola la mano.*) Y tú, Cecilia? Te dejé algo bruscamente ayer noche... mas dormias tan profundamente cuando volví, que no quise despertarte. (*Acercándose á la mesa.*) Para eso, yo; no he cerrado los ojos en toda la noche... así es, que tengo una jaqueca horrible... Decidme, doctor, curais las jaquecas?
TOL. (*Mirándole.*) Como médico os diré que sí... pero como amigo...
BEN. Agradezco la franqueza... Aquí teneis periódicos. (*Los deja en la mesa.*)
CEC. (*Bajo á Tolosana.*) Me aterra verle así.
TOL. (*Idem.*) Alguna cosa trae entre manos!
BEN. (*Viendo á Mauricio.*) Calla! Tú en el balcon?
MAU. Estoy pasando el tiempo; admiro ese paisaje tan encantador...
BEN. Qué bien dormias esta mañana cuando llamé á tu puerta!
MAU. A qué hora? (*Con indiferencia.*)
BEN. A las cinco.
MAU. Ya estaba paseando á esa hora.
BEN. Qué tienes en esa mano? (*Observando.*) Te la has dislocado? (*Asombro general.*)
MAU. (*Riéndose.*) No por cierto.
BEN. Crei...
MAU. (*Enseñándosela.*) Mira como no.
BEN. A propósito. . escríbeme en este papel, lo mejor que puedas, las señas de tu casa en Madrid.
MAU. Acaso no sabes dónde vivo?
BEN. Sí; pero no es para mí; es para otra persona.
MAU. No podré saber?
BEN. Más tarde te lo diré.
MAU. (*A Tolosana.*) (El caso es que no puedo mover la mano.)
TOL. (Haz un esfuerzo y aguántate.)
MAU. (*Sentándose á la mesa.*) Dónde está el tintero?
BEN. (*Sentándose á su lado.*) Aquí le tienes ; pon tu nombre y apellido. (*A Cecilia que se levanta.*) Quieres verle escribir?
CEC. (*Fingiendo reir.*) No creo que tenga mucho que ver..
MAU. Mauricio, Luis de Villanueva. (Cuánto sufro!)
TOL. (Vamos, otro esfuerzo!)
BEN. Plazuela de...
MAU. Los Mostenses. (*Limpiándose el sudor.*) Qué calor hace!
BEN. Holgazan! Sudas por escribir esas cuatro letras? (*A Cecilia.*) Y tú tambien?
CEC. Qué tormento, Dios mio!
MAU. Número nueve, cuarto tercero.
BEN. Ahora sólo falta Madrid, con letras gordas.
MAU. (*Acabando.*) Ya está! (*Se levanta, y va á sentarse en el sillon de la derecha.*)
TOL. (*Dando el sobre á don Benigno.*) No creo que será necesario poner la provincia.
BEN. (*Cogiéndole.*) Gracias... algo temblorosa está la letra; no es verdad, Cecilia mia?
CEC. Sí, efectivamente! (*Casi se desmaya.*)
BEN. En fin, bueno está. (*Se dirige al fondo, guardando el sobre en la mano.*)
CEC. (Ya muero!)
MAU. (*A Tolosana.*) (Si dura más, desfallezco!)
TOL. (Mudemos de conversacion.) (*Toma un periódico.*) Ola! estais suscrito al mismo periódico que yo?.. Qué folletin tan insulso trae!
BEN. (*Soplando el sobrescrito para que se seque.*) Lo habeis leido?
TOL. Mi criado es quien se encarga de explicármelo mientras me afeita.
BEN. Pues vuestro criado no sabe lo que se dice. Es un folletin altamente dramático! En él hay un marido engañado por su mujer, que interesa en extremo.
TOL. (Salimos de Scila...)
BEN. El buen hombre se suicida, y hace lo que debe... no es así? (*Silencio.*)
TOL. Permitidme que os diga, que eso se llama dar mucha importancia á los sucesos.
BEN. Cómo creeis que deba tomarlo?.. A risa?.. Oh! si estuvieseis casado, no opinariais de ese modo! Si fueseis celoso, y llegaseis á convenceros de lo fundado de vuestros celos, qué hariais?.. Matariais al seductor y á vuestra esposa?.. Para qué?.. Para quedaros solo con vuestra deshonra y vuestra desgracia?.. Los perdonariais por ventura?.. Quizás sí; pero aún cuando se perdone, hay crímenes que nunca se olvidan, ni jamás dejan de atormentar el alma... Vamos, á mi modo de ver, ese marido hizo lo que debia. Es preferible morir de un pistoletazo, á vivir agonizando durante largos años! (*Sorpresa general.*)
CEC. (Vírgen santa!)
BEN. (*Preocupado.*) Prefiero que mi muerte les sirva de castigo, y su propio amor les vengará.
CEC. Qué es lo que estás diciendo! (*Tolosana la contiene.*)
BEN. Qué os parece, amigo doctor?
TOL. Yo digo que tales ideas no deben salir de la mente de un hombre honrado.
BEN. Qué no? (*Enseñándola el periódico.*) Leed esto, Cecilia, y me direis si no pienso como debo.
MAU. (No puedo más, me ahogo!) (*Se levanta.*)
BEN. Te vas?
MAU. Voy á Madrid... Tienes algo que mandarme?
BEN. Y te vas ahora mismo?
MAU. Un negocio urgente, me obliga á partir en seguida con el primer tren.
BEN. Y vendrás esta noche?
MAU. Tal vez!..
BEN. No dejes de venir, porque tendré alguna noticia que darte.
MAU. Está bien... Tolosana, vienes conmigo?.. Señora... (*Saludando.*)
BEN. No me das la mano?
MAU. Por qué no?
BEN. (*Apretándosela sin mirarle.*) Buen viaje!
MAU. (*Reprimiendo su dolor.*) Gracias! (*A Tolosana.*) Acompáñame, me siento mal!
TOL. (*Sosteniéndole.*) Valor! (*Vase con Mauricio.*)

ESCENA VI.

BENIGNO *y* CECILIA.

CEC. (*Queriendo salir.*) Me necesitas para algo?
BEN. (*Sacando su cartera.*) No.
CEC. Tienes alguna cosa que decirme?
BEN. (*Guardando el sobre.*) Sí... mira si ha venido el correo. (*Viéndole sobre la mesa.*) Espera... aquí está.
CEC. (Qué irá á hacer? Si tuviese valor para confesárselo todo! (*Va á acercarse y ve gente en el fondo.*) Todavía esas gentes!)
BEN. Qué es eso? (*Mirando.*)

CEC. Nada, amigo mio! (*Vase por la izquierda, mirándole sin cesar.*)

ESCENA VII.

BENIGNO, SIMON, SILVESTRE, BÁRBARA *y* MORETON.

(*Silvestre entra, y hace señal a los otros para que pasen; despues se acerca á Benigno, y le da la mano con aire triste; Benigno se la da sin mirar, y preocupado con sus cartas: Moreton hace otro tanto, y todos rodean á Benigno con aire triste.*)

BÁR. (*Suspirando.*) Buenos dias, señor don Benigno.

BEN. (*Guardando las cartas.*) Cómo habeis pasado la noche? (*Se miran unos á otros sorprendidos.*)

SIL. La noche!

BEN. Sí.

SIM. Regular: y tú?

BEN. No he dormido ni un segundo

SIM. (*Triste.*) Ya lo creo; eso es muy natural.

BEN. Por qué?

SIL. Don Simon quiere decir, que eso nada tiene de extraño despues de lo ocurrido.

BEN. (*Tranquilamente.*) Tengo la cabeza muy pesada... Me permitís que escriba cuatro renglones? (*Escribe y los otros forman corro aparte.*)

MOR. (*Bajo.*) Pues no me deciais que su mujer...

SIL. (*Estupefacto.*) Lo que aquí pasa es inconcebible!

SIM. (*Idem.*) Que sangre tan fria tiene este hombre!

BÁR. (*Afligida.*) Por lo visto, no sabe nada.

SIL. Le habrá hecho ver lo negro blanco!.. Estos diablos de mujeres, saben tanto!..

BÁR. (*A su marido.*) Y los maridos, sois tan cuadrúpedos!..

SIM. A quién se lo contais!

MOR. Y yo, que me ilusionaba con el placer de presenciar un duelo!

SIL. (Este hombre se ha vuelto marroquí!)

BÁR. Silvestre, mi decoro no me permite estar por más tiempo en esta casa.

SIM. Tampoco acostumbro á calentar el puesto donde no se juega limpio... no quiero que mi Rafael se contamine; está en mala edad para oir y ver ciertas cosas.

SIL. Esto nos servirá de escarmiento, para no dejarnos cegar por la amistad.

BÁR. Esto le hace á uno abrir los ojos tan grandes como morteros de á placa.

SIM. Siempre ha de ser uno juguete de sus amigos.

BÁR. Hay acaso amistad verdadera en el dia!

SIM. No sé lo que daria por ser egoista! El egoismo es un principio de bienestar.

ESCENA VIII.

Dichos y el JARDINERO.

JAR. Señor... señor! (*Habla al oido á don Benigno.*)

BEN. (*Irritado.*) Debajo del balcon! (*Vase corriendo con el jardinero; todos le miran.*)

ESCENA IX.

Dichos menos BENIGNO *y el* JARDINERO.

SIM. Qué ocurrirá de nuevo que se va con tanta priesa?

MOR. No los veis como corren? (*Observando.*)

BÁR. Si no me engaño, alguna desgracia va á ocurrir en esta casa.

SIM. Sí? Pues no nos mezclemos en nada... harto hemos hecho! No haga el diablo que tengamos que andar en declaraciones!

BÁR. Tiene razon!

SIM. Hemos hecho cuanto cumple á leales amigos, no es cierto?.. Pues ahora, punto en boca, y no darse por entendidos de nada.

SIL. Yo creo que lo mejor será tomar las de Villadiego.

BÁR. Opino lo mismo.

SIM. Bravo! Con eso nadie nos molestará.

BÁR. Esposo mio, en marcha! (*Vase de puntillas por el fondo izquierda; Simon por la derecha.*)

MOR. Pues yo no lo dejo así; he de hacer que se batan, aun cuándo para conseguirlo tenga que romperme con alguno la cabeza. (*Va á salir, cuando entra Cecilia y se detiene.*)

ESCENA X.

MORETON *y* CECILIA.

CEC. (*Inquieta.*) Caballero...

MOR. (*Parándose.*) Señora...

CEC. Y mi marido?

MOR. Acaba de salir con el jardinero. (*Aparece Mauricio á la izquierda, y escucha; trae su paletó en el brazo, y sombrero de viaje.*)

MAU. (*Escuchando.*) Con el jardinero?

CEC. (*Asustada.*) (Cielos, ya lo ha visto todo!)

MOR. Iba á enseñarle no sé qué cosa, debajo del balcon. Alguna flor tal vez!

MAU. (Lo mismo que me temia!)

MOR. Voy á ver si los encuentro. (*Vase por la derecha del jardin.*)

CEC. Por todos lados penas y sobresaltos! (*Se dirige hácia el lado del jardin.*)

MAU. (*Dejando el paletó y el sombrero en una silla.*) Salir ahora, seria una cobardía! Prefiero permanecer aquí.

ESCENA XI.

CECILIA *y* MAURICIO.

CEC. (*Viéndole.*) Vos aquí!

MAU. Debo permanecer en esta casa, hasta tanto que logre justificaros y defenderos.

CEC. Es que no quiero que vos me defendais!

MAU. Os suplico, Cecilia...

CEC. Salid al punto; yo sabré justificarme.

MAU. Olvidais por ventura?..

CEC. Jamás olvidaré, que por vos me he visto expuesta á ser la más vil y despreciable de todas las mujeres! No quiero olvidarlo, ni perdonármelo yo misma!

MAU. Al menos, señora... (*Suplicando.*)

CEC. Salid os digo; no quiero que me vean con vos.

MAU. (*Se dispone á salir.*) Sereis obedecida.

CEC. (*Asustada.*) El aquí! (*Se echa en un sillon el cual la oculta á la vista de Benigno, y Mauricio retrocede á la derecha.*)

ESCENA XII.

(*Entra sin verlos; revuelve los albums y periódicos buscando una cosa. Va al gabinete de la izquierda, cuya puerta deja abierta; Mauricio y Cecilia le observan silenciosos.*)

CEC. (*A Mauricio.*) Qué buscará?

MAU. No veo! (*Retrocede, al ver salir á Benigno, y abre la puerta del cuarto de Simon, la cual le oculta; Benigno sale con una caja de pistolas, la abre, saca una y se va hácia el jardin; Mauricio se presenta.*)

ESCENA XIII.

MAURICIO *y* CECILIA.

CEC. (*Yendo á la mesa.*) Cielos! Una caja de pistolas!

MAU. Se ha llevado una!

CEC. Dios mio, Dios mio!

MAU. Venid conmigo.

CEC. A dónde!.. No sé por donde fué.

MAU. Por aquí.

CEC. Oh! No... por allí... (*Cayendo desmayada.*) Llamad... seguidle... yo no puedo andar!.. (*Incorporándose.*) No debo sucumbir en estos momentos... quiero ver-

le... (*Va á salir, y se oye un tiro á lo léjos; grita y cae.*) Oh! Yo le he asesinado!

ESCENA XIV.

Dichos, SILVESTRE, BÁRBARA, SIMON, MORETON, TOLOSANA *y criados.*

TODOS. Qué ruido ha sido ese?
TOL. Qué es lo que pasa aquí?
MAU. (*Enseñándole la caja.*) Mira.
TOL. Don Benigno se ha suicidado!
TODOS. Suicidado! (*Movimiento general; se dirigen al fondo, y se oye la voz de don Benigno.*)
BEN. (*Dentro.*) Sí, sí, ya le he matado! (*Riendo.*)

ESCENA XV.

Dichos, DON BENIGNO *y* EUGENIA.

BEN. (*Con aire de triunfo; trae una pistola en una mano y un zorro en la otra.*) Le he muerto del primer disparo, aquí le teneis, miradle.
SIM. SILV. Y MOR. Un zorro!
BEN. El que me tenia trastornado el juicio desde anoche! Caro ha pagado el destrozo que me ha hecho. (*Lo tira á un lado.*)
TOL. Pues qué ha sido?
BEN. Destrozarme las flores y los tiestos, y despoblarme el gallinero (*Sacando unas flores del bolsillo.*) Mira como ha puesto tu cactus favorito! (*Dándoselas.*) Toma, esposa mia, esto te servirá de recuerdo!
CEC. (*Con intencion.*) No lo olvidaré nunca!
TOL. (Buena leccion lleva!)
SIL. Con que era el zorro quien...
BEN. (*Enseñándosele.*) El mismo.
SIM. (*Para sí.*) Hoy, podrá ser; pero lo que es ayer, no era mal zorro el que... (*A Bárbara.*) No es verdad?
BEN. (*Sacando una carta.*) Y como una dicha no viene sola, aquí traigo un nombramiento para tí, amigo Mauricio. El destino que me rehusó solicitar ayer Silvestre, le pedí para tí, y me le han concedido. Toma.
MAU. Cómo!... Os ocupábais de mí?
BEN. Por eso te hice escribir el sobre; queria ver si la letra era á propósito para dejarme con lucimiento! Debes cursarla un poco para que salga mejor... Toma, vete en seguida á tomar posesion de tu destino.
MAU. (*Conmovido.*) Don Benigno...
BEN. Vaya, esta no es ocasion para llorar...
MAU. Nunca sabré agradecer... (*Da la mano á don Benigno, se la estrecha, y se dirige á Tolosana.*)
TOL. (Y la mano?)
MAU. (No me acuerdo de ella.) (*Saluda á todos, y vase por el fondo.*)
BEN. (*A Silvestre.*) Ya ves, que quien llora, mama.
SIL. (*Dando su brazo á Bárbara y con sequedad.*) Guárdate los consejos, que buena falta te hacen... Ahora nos permitirás que salgamos, para no volver más á esta maldita casa! (*Vanse.*)

ESCENA XVI.

Dichos, menos SILVESTRE *y* BÁRBARA.

BEN. Vayan con mil... y no vuelvan más!
SIM. Sabes que puedes contar conmigo y con mi Rafael... Dónde andará este muchacho?
EUG. De bracero le han visto hace poco, con la hija del sacristan.
SIM. Pobre ángel mio, me lo van á pervertir! Benigno, hazme el favor de no acordarte jamás del santo de mi nombre. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

Dichos, menos SIMON.

MOR. Benigno!... Se llama usted don Benigno?
BEN. Ahora lo sabeis!
MOR. Si yo creí que erais don Evaristo Sandoval, teniente del tercio alavés.
BEN. Estais muy equivocado.
MOR. Entonces, qué he venido á hacer en esta casa?
BEN. Eso mismo estaba yo preguntando.
MOR. Está graciosa la tal equivocacion! Dos dias comiendo y bebiendo en esta casa, sin saber quién sois vos, ni conoceros! Cómo ha de ser, paciencia!... Hasta ahora nada hemos perdido.
BEN. Ni ganado tampoco!
TOL. (Qué corazon tan noble!)
MOR. Si algun dia necesitais de mí, me llamo Gerónimo Moreton y Buenafé; en Tetuan, todos me conocen, y cualquiera os dará razon de mi persona... (*Saludando.*) Señoras... mil perdones... hasta más ver! (*Vase.*)

ESCENA ULTIMA.

DON BENIGNO, TOLOSANA, CECILIA Y EUGENIA.

BEN. Gracias á Dios que nos vemos solos!
EUG. Nadie va á presenciar nuestros contratos.
BEN. Qué contratos?
EUG. (*A Tolosana.*) Aún no se lo habeis dicho? En qué estais pensando?
TOL. (*Tímidamente.*) No me he atrevido hasta ahora; pero si quereis por yerno á vuestro mejor amigo...
CEC. Te aseguro que jamás lo encontrarémos mejor ni más sincero.
BEN. (*Abrazándole.*) A él le debo la vida!
TOL. Lo celebro! Convenís en concederme mi futura felicidad?
CEC. (*Abrazando á Eugenia.*) Quiérele, y respétale como á tí misma.
EUG. (Segun eso, no te opones...)
CEC. (Al contrario.)
BEN. Cuántos bienes en un dia...! Establezco á mi hija... Mato á un pérfido zorro que me atormentaba... me desembarazo de otros mayores, y nadie me da un abrazo?... A que nadie me ama en este mundo?
CEC. (*Estrechándole.*) Yo te venero, y juro consagrar mi existencia á labrar tu ventura y felicidad.
TOL. (*A Benigno.*) Ya veis cuán ciertos eran mis pronósticos!... Son pocos los que merecen el título de amigos; y dichoso, el que encuentra al cabo la verdadera amistad!

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.—Madrid de Mayo de 1862.—*El censor de teatros,* ANTONIO FERRER DEL RIO.

Madrid, 1862.—Imp. de M. Galiano, Ministerios, 3.